

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1867. — TOMO XXIX.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.
Administracion general, passage Saunier, número 4, en Paris.

AÑO 26. — N° 752.

SUMARIO.

Austria: La Dieta de Agram; grabado. — Mas ven cuatro ojos que dos. — Estudios literarios: El Taso. — Los frescos del palacio Litta en el Louvre; grabado. — Bellas Artes: Exposicion de 1867; grabado. — Revista de Paris. — Viaje al polo boreal. — Exposicion universal de 1867; grabados. — La Copa de la Voluptuosidad; grabado. — Concurso universal de horticultura; grabado. — El desafio. — Intriga y furor. — El nuevo Paris; grabados. — Tipos orientales, por M. A. Bida; grabados. — Oliverio. — Historia de la relojeria; grabados.

Austria.

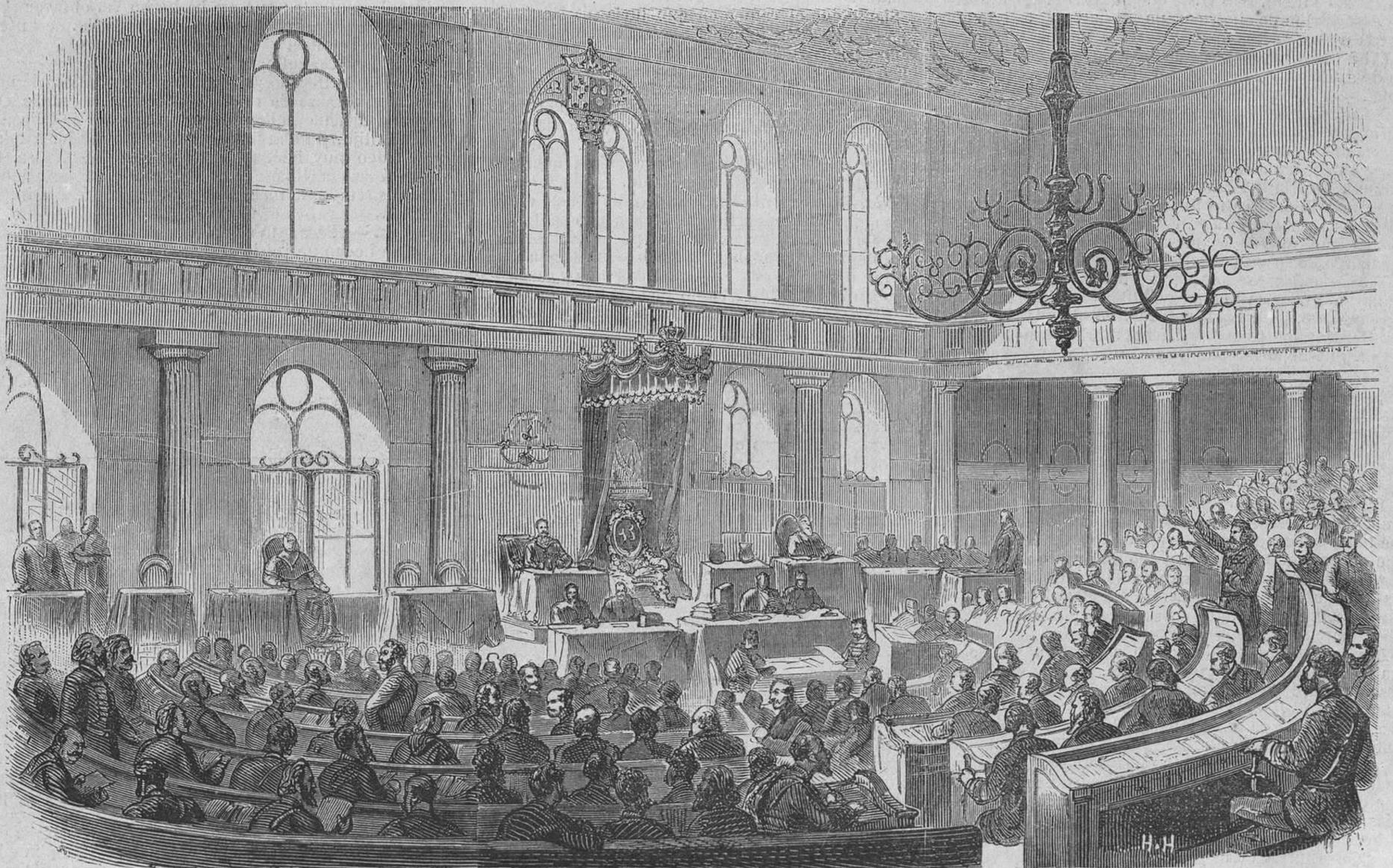
LA DIETA DE AGRAM.

La apertura del Reichsrath austriaco tuvo lugar solemnemente en Viena el 20 del corriente, bajo la presidencia del conde Carlos de Auesperg, en la Cámara de los señores, y la de M. Iskra, en la de diputados.

Sabido es que despues de los sucesos de 1866, el gobierno austriaco ha buscado el punto de apoyo de su política en la autonomía de los diversos Estados que constituyen el imperio. Las Dietas de Hungría, de Bohemia, de Croacia, de Moravia y de la Carniola, han sido convocadas sucesivamente; pero de todos modos no es fácil de encontrar el lazo que debe unir á estas constituciones particulares con el organismo general del imperio.

Así ha sucedido que las Dietas de Hungría y de Croacia acaban de mostrar un antagonismo en contradicción con las miras políticas del gobierno austriaco. M. de Beust convocó la Dieta de Croacia con el fin de que se pronunciara sobre la union completa de la Croacia y de la Hungría, mientras dejaba, sin embargo, cierta independencia á las administraciones locales. Mas hé aquí que la Dieta de Croacia no ha correspondido al voto del ministerio. El partido unionista, con el cual habia contactado el gobierno, ha estado en minoría, y los defensores de las ideas nacionales han resistido enérgicamente á las proposiciones hechas por la Dieta de Hungría. La Dieta de Agram ha sabido defender dignamente su derecho, y el dibujo que publicamos en este número, da á nuestros lectores la fisonomía exacta del parlamento croata.

A. M.



AUSTRIA. — La Dieta de Agram.

Mas ven cuatro ojos que dos.

PROVERBIO EN ACCION, Á PROPÓSITO DE LO QUE USTEDES VERÁN.

Cambiado el saludo de ordenanza, me senté enfrente de *Ella* en el divan azul.

Confieso que el objeto de mi mision me tenia preocupado, y que guardé silencio; *Ella* lo interrumpió.

— ¡Está Vd. pensativo! me dijo.

— Quizás; mil veces estamos pensativos sin sospecharlo, le contesté yo.

(Y aquí, para no molestar á mis lectores con una serie interminable de pretéritos de los verbos preguntar, contestar, exclamar, repetir, etc., me permitiré dar al diálogo una forma definida.)

La escena pasa en un *boudoir*, ya saben Vds. que está tendido de azul; conténtense con ese dato, porque no sabrán mas. La dueña de la casa es una señora que se llama... *Ella*. Su interlocutor es un individuo muy amigo mio que se llama... *Yo*.

Ella. — No tengo la pretension de saber metafísica, pero me parece una paradoja lo que Vd. acaba de decir.

Yo. — No es paradoja; hay momentos en que la imaginacion soñolienta parece mecerse en una atmósfera de pensamientos indefinidos, en que se sufre sin tener motivo de sufrimiento, en que uno está triste sin saber por qué. A mí me sucede eso en todos los cambios de estacion; ayer estuve en la Castellana, encendieron los faroles, no habia nadie, se aspiraba el aroma tibio de los ramos de acacias, y el perfume ténue de los capullos que se abrian; todos estos encantos de la naturaleza, á cualquiera le hubieran alegrado, á mí me entristecieron.

Ella. — ¡Ja, ja, ja! ¿Usted no se da cuenta de eso? Pues tiene una explicacion muy vulgar; está Vd. en el estado en que se encuentra todo hombre y toda mujer la víspera de confesarse una pasion.

Yo. — Es posible; pero mi preocupacion de entonces y mi preocupacion de ahora reconocen positivamente otro origen tambien. Como le he dicho á Vd., los cambios de estacion siempre me entristecen, mucho mas ahora que me despido del invierno, mi estacion querida. En los frondosos árboles de la Castellana echo ya de menos las ramas sin hojas, prefiero, aunque sea una heregia, el aire de los Puertos al aire perfumado, el cielo plomizo al cielo azul, y ¿no sabe Vd. por qué? porque en verano todas mis amigas me abandonan, porque se esparcen como las hojas de uno de aquellos ramos de acacias deshechos por la tempestad, y es necesario hacer un viaje por toda España y aun por toda Europa para formar uno de esos ramilletes de flores de invierno que tantas noches he contemplado reunidas al calor de las estufas en los salones de la buena sociedad; ayer estaba triste, mas triste que nunca, porque acababa de despedirme de ellas, porque las habia visto este año por la última vez.

(Al acabar esta larga tirada, exhalé al paño un suspiro de satisfaccion, habia puesto la cuestion sobre el tapete).

Ella (aplaudiendo). — Bien, muy bien; no pido *bis*, porque no responderia de dormirme; pero... *ya pareció aquello*; Vd. mismo ha venido á demostrar que, en lo que yo dije, tenia razon. ¿Con que la individua es una corista... de Marta? De ese Marta que se ha perdido en el repertorio del Teatro Real para reaparecer llena de encantos y seducciones en casa de la condesa de Montijo. ¡Al fin va Vd. á confesar francamente el motivo verdadero de su preocupacion!

Yo. — Confieso, señora, que á un golpe de vista tan penetrante nada se le puede ocultar (con ligera ironía). Sin embargo, permítame Vd. retardar algunos instantes mi derrota; antes de despedirme sabrá Vd. mi secreto; pero... ¿no hemos de hablar un poquito de la fiesta de la plazuela del Angel?

Ella. — ¡Oh! con mucho gusto; Vd. ya habrá escrito su artículo, y á estas horas estará en la redaccion.

Yo. — Su don profético en esta ocasion le ha faltado á Vd.; el artículo no está escrito... todavía.

Ella. — ¡No está escrito! ¿por qué? Ya habrán traído los suyos *la Correspondencia*, *la Epoca* y otros periódicos.

Yo. — Estamos en el terreno de las confesiones; pues bien, le confieso á Vd. que ese artículo me da miedo, me tiene asustado. No me atrevo á hablar de una cosa que no entiendo. Yo soy profano en música; la adoro, por ese sentimiento estético que tiene todo hombre hácia la belleza y el arte; pero no me atrevo á definir, á clasificar un conjunto de sensaciones que experimento sin comprender.

Ella. — Pues es un dolor que no escriba Vd. sobre esa fiesta, la mejor de la temporada. La casa de la condesa de Montijo será siempre el palacio encantado de la buena sociedad madrileña; yo siento no tener esa mágica elocuencia de la sultana Cheherezada para poder contar cualquiera de esas *mil y una noches* que hemos pasado allí. La condesa tiene el cetro de la *Hig-life*, y nadie podrá disputárselo; la amabilidad exquisita con que dirige sus reuniones, la cordial franqueza que en ellas se respira, la variedad de espectáculos que sabe ofrecernos, todo ello conspira á convertir sus salones en la mejor estufa de esas flores de invierno de que Vd. hablaba hace un instante.

Yo. — Este año sobre todo le tenemos muchísimo que agradecer; inauguró la *saison* con el *Jóven Telémaco*, y

la cierra con una fiesta brillante, cuyo recuerdo vivirá eternamente en la memoria de todos sus amigos.

Ella. — La condesa de Montijo no vive mas que para ellos, su casa no se cierra jamás; cuando la orquesta de las grandes recepciones está callada, cuando al bullicio que llena los domingos sus salones, sucede el silencio de la intimidad; tenemos de todos modos la confianza de pasar una noche agradable en torno de aquella *causeuse* encarnada que ocupa el centro del salon de los retratos.

Yo. — Convendrá Vd. conmigo en que la última fiesta ha sobrepujado á todas las demás.

Ella. — Le parece á Vd. así porque es la última.

Yo. — Será verdad; pero estaba el lindo teatro tan admirablemente dispuesto, la música era tan escogida, los *artistas* representaron sus partes con tal perfeccion, que yo al bajar la escalera, no pude menos de decirme: «No hay mas allá.»

Ella. — No le niego á Vd. que la reunion fué de las mas agradables, y estuvo muy bien dispuesta. Allí se sabe recibir; la condesa de Nava estaba en el primer salon, teniendo para cada uno una sonrisa agradable, una pregunta cariñosa ó una frase llena de amabilidad.

Yo. — La eleccion de *Marta* me parece tambien muy á propósito.

Ella. — ¡Oh! sí. Esa música llena de armonías, juguetonas y de cadencias agradables, tiene momentos en que parece que á su manso arrullo va á mecerse la cuna de un niño, pero tiene otros en que el sentimiento se exalta, en que la pasion se queja, con una dulzura y un encanto que hieren las fibras mas recónditas del corazon.

Yo. (Con ansiedad.) — Bien, perfectamente; prosiga usted.

Ella. — Quería decir que es una música la mas á propósito para lucir en ella todas sus facultades lo mismo Elena Prendergast y la baronesa de Ortega, que *Tamberlick*, *Parera* y *Hunt*.

Yo. — ¡Por los clavos de Cristo! continúe usted.

Ella. — Bueno; pero ¿qué quiere Vd. que le diga, si Vd. lo ha oído lo mismo que yo? me parece que conocerá Vd. las piezas que se cantaron; las tres primeras escenas del primer acto de *Marta*, las cinco primeras del segundo y el cuarteto de *Rigoletto*.

Yo. — Sí, señora, que las conozco; pero quisiera que me dijese Vd. su opinion sobre los *artistas*, los héroes de la funcion.

Ella. — Mis elogios tendrán que ser parcos, porque sentiria que los achacase Vd. á la amistad que con todos ellos me une.

Yo. — Bien, bien; pero quisiera oírle á usted.

Ella. — Oírle Vd. lo que siempre he dicho y lo que repite todo el mundo. La bella Elena Prendergast tiene una voz magnífica, que brilla sobre todo en los puntos altos, los cuales da con gran valentía, pureza y precision; canta con muy bonito estilo, está en la escena con suma elegancia, es una consumada actriz, y en fin, reúne todas las condiciones necesarias para brillar como una *artista* de primer orden.

Siento que el campo en que lucia sus facultades no fuera mas extenso; hubiera deseado que el teatro privado se convirtiera en gran coliseo para que, no un público de elegidos, sino el mundo entero hubiera podido admirar á la mujer distinguida convertida en artista.

Yo. — Viste tambien con mucho gusto; la otra noche lució tres trajes; el de lady *Enriqueta* era blanco, el de aldeana igual al de su compañera *Betsy*, y por último, para el cuarteto, sacó un gran capuchon negro con el cual estaba sumamente interesante.

Ella. — La encantadora baronesa de Ortega es una de esas organizaciones artisticas hechas para sentir y comprender el arte y ser entusiastas por él. Su voz de contralto es muy agradable, su estilo y su escuela á mí me gustan mucho, y está en escena con una gracia y una travesura inimitables. Yo no he oído nunca el cuarteto de *Rigoletto* mejor cantado que la noche del mártis.

Yo. — A mí me pareció oír por primera vez la parte de contralto que nunca ha sido desempeñada en esa ópera por artistas de valor. Comprendia el entusiasmo de Francisco I por aquella *Maguelonne* juguetona y burlesca, que así se reía de los trasportes de su pasion. Me gustaron mucho los trajes de la baronesa, y me alegré que conservara el último para admirar de cerca aquel diablillo encarnado que aplaudimos con tanto frenesí.

Ella. — *Madama Nantier* *Didier* no debe ser olvidada, tocó muy bien la pandereta, y el público le agradeció mucho su exquisita amabilidad al dignarse tomar una parte tan pequeña en la ópera; comprendió que solo ella podia decir aquellas sencillas palabras:

Sir Tristan de Mickleford
D'Inghilterra pari e lord.
Baronetto é gran scudiero.

Yo. — A propósito de la entrada de sir *Tristan*; ¿sabe usted que me gustó mucho el señor *Parera* que cantó muy bien el terceto, desempeñando su difícil papel con la mayor gracia y exactitud? El traje era de muchísimo carácter, y hasta los anteojos recordaban la época que se queria representar. En *Sparafucite* sacó un traje muy bueno.

Ella. — *Hunt* merece tambien los mayores elogios, tiene una poderosa voz de baritono, de un timbre muy agradable, y posee una buena escuela de canto. *Marta* no es de las óperas mas á propósito para su género de

voz, y á pesar de eso la cantó con una perfeccion muy grande.

Yo. — Es además un buen actor, tiene gran naturalidad en la escena, y viste con propiedad y con gusto. Reciba nuestra enhorabuena mas cordial.

Ella. — ¿Qué dice usted?

Yo. — Nada, me pareció que estaba escribiendo para el público. ¿No hemos hablado de *Tamberlick*?

Ella. — ¿Y qué quiere Vd. que hablemos del primer tenor que hay en Europa?

Yo. — Lo que hizo el mártis es doblemente de agradecer, porque nunca ha cantado *Marta*.

Ella. — ¡Preocupaciones! pues mire Vd., estoy segura que la prueba que hizo va á ser causa de que *Marta* quede incluida en su repertorio.

Yo. — Así sea, los concurrentes al Real quedarán agradecidos.

Ella. — ¿Vió Vd. á Peña?

Yo. — Sí, señora, estaba al piano.

Ella. — Tambien tiene su parte en el resultado. ¿Si usted supiera lo que ha trabajado el pobre! ¡la paciencia que ha tenido en los ensayos, su incansable actividad! Peña es muy inteligente en música, y sus consejos han sido muy oportunos y apreciados.

Yo. — Tambien *Bonetti* y la orquesta...

Ella. — ¡Tienen su reputacion tan bien sentada que un elogio mas ó menos!... Pero ¿sabe Vd. que charlando, charlando, me ha apartado Vd. del origen de la conversacion?

Yo. (Al paño, con un gesto muy pillo.) — Pues de eso se trataba.

Ella. — Es que mis sospechas se han confirmado completamente. Despues de preguntarme por todo el mundo no me ha preguntado Vd. por el coro; salió muy bien y estaban monísimas. Vamos, ¿quién es ella?

Yo. — Hablemos del coro; siento escaparse mi secreto, y quiero que Vd. lo deseé un momento mas. ¡Hay, tiene Vd. un ramillete de esas flores de invierno que antes citaba! No las llamo así por no incurrir en repeticiones, que ya les ha llamado todo el mundo, ramo de flores, coro de ángeles, puñado de estrellas, y mis apreciaciones, aunque exactas, serian viejísimas.

Ella. — Llamar las cosas por sus nombres es hasta una regla gramatical.

Yo. — ¡Sí! pues allá van. En el coro estaban la señora de Navarro y las señoritas de Alvear, Polo, Nuevos, Figueras, Visso, Alaminos, Carvajal, Benavides y Ochoa.

Ella. — Le he escuchado á Vd. con atencion, y no he podido cogerle á Vd. el nombre preferido; hágame usted el obsequio de ir examinándolas en detalle.

Yo. — Me guardaré bien, porque segun Vd. dice, venderia mi secreto. (Aquí solté una franca y colosal carcajada.)

Ella. — ¿De qué se rie usted?

Yo. — De su inocencia; las mujeres creen resolverlo todo por el criterio del amor, y se equivocan muchas veces.

Ella. — Pero ¿qué quiere decir?...

Yo. — Quiere decir, señora, que estoy entusiasmado, loco de contento; que me ha hecho Vd. el favor mayor que podia hacerme; que me ha sacado Vd. de un compromiso horrible.

Ella. — ¡No entiendo!...

Yo. — Ha llegado ya el momento de declararle mi secreto y la causa de mi preocupacion. Necesitaba escribir un artículo sobre la funcion musical de la condesa de Montijo, y no sabia hacerlo. Usted me ha ayudado; yo tengo muy buena memoria; corro á mi casa, traslado á las cuartillas que me esperan la conversacion que hemos tenido, la mando esta misma noche á la imprenta, y...

Ella. — ¡Pero esto es un terrible abuso de confianza! Yo he hecho un juicio critico en el seno de la amistad, y puedo haberme dejado llevar en mis apreciaciones...

Yo. — Para no ser responsable de ellas, su nombre de usted quedará en el misterio mas profundo; pero como el mio no puede estamparse al pié de un trabajo que no me pertenece, daré al César lo que es del César, firmando el artículo

ELLA Y YO.

Madrid 9 de mayo de 1867.

Estudios literarios.

EL TASO.

Torcuato Taso, el poeta mas esclarecido de la Italia moderna, nació en Sorrento, el 11 de marzo de 1544. Hallábase aun en la edad en que todo está mimando la fantasia de un niño, cuando tuvo que separarse del regazo de su familia para acompañar á su padre en el destierro. Puesto al cargo de un ayo consumado, aprendió en Roma las lenguas sábias y explicó los autores clásicos; á los doce años escasos, era el asombro de todos por la variedad y trascendencia de sus conocimientos. Bernardo Taso, que se ladeaba con los mayores poetas contemporáneos, participó de las amarguras del príncipe de Salerno, cuyo bando habia seguido. Comprendido en el decreto de proscripcion que le privaba de su patria y de sus bienes, no pensó mas que en la educacion de su hijo, á quien hubiera querido enseñar habilidades mas provechosas que las de un poeta. Envióle á estudiar jurisprudencia á la universidad de Pádua,

donde puesto el joven Taso bajo la dirección de un famoso jurisconsulto, se vinculó todo en la composición de un poema. El éxito prodigioso de *Rolando* había introducido la afición á los asuntos de caballería; y la Italia sacudía el yugo de las tradiciones históricas por engolfarse en las ficciones y en las novelas. El reinado de Carlomagno que, semejante á un meteoro luminoso, había estallado en medio de las tinieblas de la edad media, ofrecía una fuente inagotable á los varios remedadores del Ariosto, á quien se lisonjaban de igualar, agolpando sueños y mas sueños y sobrepujando mas y mas en desvarios. Arrebatado el Taso tras la propensión del siglo, ideó cantar los hechos heroicos de un paladin; y en menos de un año, en medio del estudio de las leyes y de las distracciones inevitables de la mocedad, redondeó el *Reinaldo* que por sus gallardas pinceladas y el señorío del lenguaje, se encumbra á la intonación de la epopeya. Mas metódico en el plan y con menos cortaduras en el hilo de la relación, cabe, sin temor de extravío, engolfarse con él en el laberinto que se ha labrado, y cuyas revueltas se van siguiendo sin dificultad. Este parto de estudiante se conceptuó como una obra maestra, y volando por la Italia, causó general entusiasmo. El Taso únicamente se mostró desabrido, y en medio de aquel hervidero de aplausos, ideó el plan del poema que debía inmortalizarle, cuyo asunto escogió en las Cruzadas, acontecimiento grandioso cual ninguno en la historia moderna. Aquella empresa devota, predicada por un ermitaño, aprobada por dos concilios y sostenida por el ahinco de los príncipes mas poderosos; aquel gran ímpetu social que entabló una nueva era para los pueblos del Occidente, y cuyos resultados pueden ser todavía problemáticos para el concepto del historiador filósofo, pero que estaba brindando con ámbitos anchurosos para los vuelos de una fantasía poética, fué el asunto escogido por el Taso. Nunca las circunstancias habían sido mas propicias al raudal de tan esclarecidos recuerdos. Las conquistas de Soliman y las crueldades de Selim habían enardecido el fervor y agravado el susto de los cristianos. Faltaban voces para elogiar al Taso por su elección, pero ¡cuántas dificultades se le atravesaron al plantear el desempeño de cuadro tan grandioso! No se trataba, como en la Iliada, del desagravio de una familia, ni de la fundación de un imperio, como en la Eneida: el poeta estaba presenciando la Europa armada lanzándose sobre el Asia para desasir de la garras de los infieles el sepulcro del Salvador del mundo; y este poeta era un joven de veinte años, sin mas arrimo que su número, ni mas noticias que las escasas memorias de algunos malos cronistas. Al estar allá el Taso cavilando sobre los requisitos fundamentales de la poesía heroica, vino á palpar la falsedad de los principios seguidos entonces en las escuelas, y tuvo el denuedo de batallar casi solo contra el predominio de los partidarios del Ariosto, cuyo poema conceptuaba como peregrino por su brillantez, pero desacertado en su planta. Dedicóse principalmente á probar la precisión de la unidad en el conjunto, considerada como por demás por los que estaban oponiendo la nombradía del *Rolando*, cada día en aumento, al olvido á que tenían sentenciada la *Italia libertada*, que habia compuesto el Trisino con arreglo á la norma griega. Mientras que se dedicaba el Taso á examinar los dos principios constitutivos de la epopeya, la voz de un poderoso protector le proporcionó el arrimo de los duques de Ferrara, que estaban franqueando un alcázar grandioso á las letras y á las artes. Reinaba á la sazón una competencia esclarecida entre los príncipes italianos, cuya ambición se pagaba de lograr un conjunto de sabios para campear con los destellos de su gloria. Los papas, los reyes de Nápoles, los duques de Toscana, de Mantua, de Urbino, de Saboya, se disputaban el acompañamiento de sublimes ingenios con mas ahinco que algunos hubieran puesto en perseguirlos. Los castillos se trasformaron en academias, donde los literatos mas sobresalientes de su tiempo defendían conclusiones de galanteo, como se estiló por algunos siglos en las antiguas *Córtés de Amor*. Las beldades mas célebres por su atractivo y por su instrucción solían estar presidiendo aquellas competencias, y sus primores daban sumo realce á los blasones del triunfador. Los festejos, saraos, cabalgadas, espectáculos y cuantos recreos frívolos trocaban aquellas mansiones en alcázares deliciosos y encantadores, acarrearón en breve tiempo una revolución en las costumbres; y el pueblo gallardo y batallador desapareció ante una generación de palaciegos. La mengua de los hombres se disfrazaba con los rendimientos tributados á los autores, y la afrentosa esclavitud se encubría con la enramada de laureles que ceñían las sienas del poeta. La llegada del Taso á Ferrara (31 de octubre de 1565) antecedió pocos dias á los agasajos con que se recibió á la archiduquesa Barba, novia del duque reinante, y se solemnizaron estos desposorios con esclarecido boato. El estado bonancible que estaba á la sazón disfrutando toda la Italia, y la magnificencia genial de la casa de Este, habían traído á las orillas del Po inmenso gentío. Los príncipes, cardenales y embajadores fueron acudiendo con crecidísimo acompañamiento, y ostentando un lujo que hubiera parecido excesivo hasta en la corte de un gran monarca. Al siguiente dia de la entrada de la nueva duquesa en Ferrara, empezaron los regocijos públicos. Cien caballeros, á cual mas ricamente engalanados, justaron en un anfiteatro inmenso, levantado en el recinto principal del castillo. Los bailes, conciertos, banquetes se estuvieron rodoblando por larga temporada, y duraron muchísimo mas, si la noticia del fallecimiento de Pio IV, participada al salir de una corrida, ne viniera á interrumpir tan

espléndidas ceremonias. Asistió á ellas el Taso en traje de gentilhomme, pero con la imaginación de un poeta. Rebotando su número de ímpetus sublimes, no estuvo viendo en aquellos meros simulacros de guerra mas que las refriegas trabadas por los Cruzados en las puertas de Jerusalem. Bajo el armamento de los palaciegos de Alfonso, creyó divisar los rasgos guerreros de los compañeros de Godofredo. Buscaba sobre todo á aquel magnánimo caudillo, cuyo pecho, ajeno de pasiones vulgares, tan solo se desalaba tras la excelsa esperanza de enarbolar la bandera de la Cruz sobre los muros de Sion: iba también ideando las estampas heroicas de Bauduino, Raimundo, Tancredo, y de aquel infatigable Reynaldo cuyo brazo airado se hacia mas formidable que toda máquina aterradora. Al paso que el poeta iba adelantando en su tarea, leía trozos á las hermanas del duque, quienes le estaban escuchando con afán sediento. No fué insensible el Taso á los votos de ambas princesas, y su pecho bisoño exhaló anhelos impracticables, encubriéndolos empero con extremada cordura, pues tan arrojado en idearlos, cuanto apocado para asomarlos á sus labios, el cantor de Reinaldo ocultaba á todos los ojos aquella hoguera que le estaba abrasando: *esperaba poco, deseaba mucho, y no pedía nada* (1). Padeció el Taso otros quebrantos sobre tantísimos como su pasión le acarrea. El fallecimiento de su idolatrado padre (4 de setiembre de 1569), que era su mejor maestro, lo abatió y engolfó en un piélago de amarguísimo desconsuelo. No le cabía mas desahogo que el de atarearse con su poema, que le iba algun tanto vivificando en medio de su agonía. Logró también la proporción de un viaje á Francia para dar vuelo por otro rumbo á sus pensamientos. La vispera de su partida de Ferrara, se afaná en tomar disposiciones, como si nunca hubiese de volver. Despues de haber pensado publicar sus *poesías amorosas*, cuatro *Discursos* sobre el poema heroico, y el principio de su *Godofredo*, dictó una inscripción latina para honrar la memoria de su padre, á quien dedicaba el producto de su equipaje y de algunas piezas de tapicería empeñadas en casa de un judío. « Si algunos obstáculos imprevistos se opusiesen á la ejecución de mis intentos, escribía, que se recurra á Doña Leonor, quien no negará su amparo, por amor de mí. » A su llegada á Paris (enero 1571), el cardenal de Este, cuya comitiva vino á aumentar, le presentó al rey, quien le hizo una acogida muy lisonjera. Reinaba entonces Carlos IX; todavía no habia llegado á ensangrentar su reinado; pero los partidos se hallaban cara á cara, y en medio de una bonanza fermentada, estaba ya sonando el ronquido del huracán. El casamiento del joven príncipe, con una de las hijas del emperador Maximiliano habia llamado á la capital á los caudillos del partido calvinista que desconfiaban en la fe de los tratados. A pesar de los quebrantos padecidos por los protestantes en las jornadas de Jarnac y Moncortour, acababan de lograr nuevas franquicias en las conferencias de San German; tanta generosidad de parte de una mujer ambiciosa que gobernaba la Francia (Catalina de Médicis), lejos de infundirle desconfianza, habia esperanzado á Coligny de empuñar el timón de los negocios. El rey los tenia á todos engañados, aparentando embargarse únicamente con la caza y los recreos; aspiraba también á la nombradía de poeta, y sus versos, fuerza es confesarlo, valían algo mas que los de tanto inmundo versista como á la sazón estaba hirviendo por Francia, blasonando de formar una *pleyada*. Ronsard, el primero á quien se saludaba con el dictado de legislador del Parnaso, se avistó varias veces con el Taso, quien le juzgó mas bien por su concepto que por sus obras, y comió la injusticia de sobreponer el autor de la *Franciada* á Anibal Caro; mas la posteridad no revalidó semejante fallo, y nadie ignora cuánto hay que cercenar de los elogios altisonantes que tributaron los contemporáneos á

Aquel poeta finchado
De tan alto derrocado.

Para enterarse de lo que mas embargó la atención del Taso, léase la carta en donde parangona la Francia con la Italia. Algunos trozos saltados de sus reparos remitidos á un hidalgo de Ferrara, rasguean desde luego un cuadro de las costumbres antiguas y de la agudeza observadora del autor. « Varía, dice, el natural de los hombres al paso del clima. Endebles, despejados y pusilánimes por el Mediodía, son corpulentos y belicosos por el Norte, y solo bajo la Mediana latitud asoma generalmente aquel equilibrio acertado de pujanza y de cordura que constituye las prendas mas fundamentales. » ¿Acaso iría Montesquieu á sacar de un poeta una de las teorías mas arrojadas de su *Espíritu de las leyes*? « La inconstancia de las estaciones, sigue el Taso, será tal vez la causa de la insubsistencia general de los franceses; achaque en verdad que tan solo les tachó por el testimonio de la historia. Lo que si he advertido es que sus mujeres se avantajan á las italianas en el rosicler de la tez y la finura de sus facciones. No gallardean los hombres como en tiempo de César, pero por lo mas están bien formados, excepto los nobles, que suelen tener las pierrecillas muy cenceñas respecto á sus corpulencias, lo que pudiera provenir de su hábito continuo de pasear á caballo. Sus campañas son mas apreciadas que las poblaciones, por lo general de ruin ca-

(1) *Bramma assai, poco spera, e nulla chiede*. Jerusalem, canto II.

serio: las casas, por lo mas de madera, no manifiestan el menor asomo de arquitectura: tras una escalera de caracol, buena tan solo para causar mareos, se va á parar á unas viviendas lóbregas y mal repartidas. Las iglesias son en verdad asombrosas, y su número, buque y magnificencia están demostrando la religiosidad antigua de la nación. Desmerecen también por su arquitectura, pues los artífices atendían mas á la solidez que á la elegancia; bárbara es desde luego su planta, sin el realce de algun objeto artístico que halague la vista, excepto las vidrieras, muy reparables por el primor de sus dibujos y lo subido de sus matices. Se esmeran por esta parte los franceses en condecorar la casa del Señor, como los italianos en esmaltar el vaso de un bebedor.»

Lo que mas disonó al Taso fué el estar viendo por algunas provincias á los plebeyos ordeñar las vacas para alimentar á sus niños: « Mas valdria, dice, criarlos como á Aquiles con los tuétanos de un leon, pues en edad tan tierna, influye infinito el alimento para lo físico y lo moral, y es el buey tan cobarde y avasallado cuanto el leon valeroso é independiente. Puesto que se despiden á toda nodriza achacosa ó relajada, debieran echar de ver el desacierto de acudir á los irracionales para criar hombres. » Zahiére á los nobles aposentados en sus haciendas en medio de sus criadas y avezándose á modales altaneros é imperiosos: también les vitupera su desvío de las letras, y en particular de las ciencias, arrinconándolas en la ínfima esfera; y á este mismo despego atribuye el ningun realce que les merecía la cualidad de sabio y la decadencia de los estudios filosóficos. Todo lo calaba la decencia perspicaz del Taso, y luego echó de ver los lazos que se estaban tendiendo á los protestantes. No propendía de suyo á la tolerancia, pues allá nuestros padres se desentendían de semejante obligación; pero cuanto mas acataba la pureza de la fe, mas le volcaban los medios de que se echaba mano para encumbrarla. Hablando con desahogo sobre los desaciertos de la corte, trató de inclinar al rey á la clemencia. Se dejó Carlos IX doblegar y el Taso disfrutó la dicha de salvar la vida á un poeta cuya sentencia parecia irrevocable. Aquella privanza con el monarca destempló á los palaciegos; encelóse también el cardenal de esto, y se retrajo de todo miramiento con su ahijado. El Taso, desazonado con las ínfulas de su Mecenas, obtuvo permiso para regresar á Italia, y no le pesó el alejarse de un país donde, en medio de su entrada en palacio y de su arrimo á un príncipe de la iglesia, tuvo que pedir un escudo prestado. Trasmontó los Alpes á fines de 1571, y algunos meses despues presenciara el horroroso trance de la San Bartolomé, y ¿á quien cabe decir si, al ver aquel cúmulo de atrocidades, no se retrajera de vitorear una religion donde tanta víctima se estaba sacrificando? Estuvo en Roma, y luego pasó á Ferrara, donde los agasajos del duque y su familia le desagraviaron de las extrañezas impropias del cardenal. Solía conversar con ellos acerca de su poema, que habia emprendido con nuevo ahinco, y en el cual iba embebiendo discretamente las alabanzas de sus patronos.

« Dilatada posteridad está siguiendo las huellas de Reinaldo... Doblegar la soberbia, aliviar la desventura, amparar la inocencia y escarmentar la maldad, este será su ejercicio. Así el águila de la alcurnia de Este encumbrió su vuelo denodado sobre la carrera del mismo sol (canto X). » Apeábase á ratos el Taso de tanta elevación para componer poesías que merecerían mas aplauso, si fuesen mas corrientes. No sucede así con la *Aminta* (1), que está formando época separada en los anales de la literatura italiana. No porque haya sido el inventor del drama pastoril, como suponen cuantos ignoran que Becari, Lollo y otros habían ensayado mucho tiempo antes el trasladar al teatro los pastores, antes bien presenciando la representación del *desventurado* de Argenti, fué cuando el Taso ideó la *Aminta*; mas á aquel género nuevo de espectáculo, al pasar por sus manos, le cupo un grado de perfección desconocido hasta entonces, encumbrando á tal punto su dechado, que no es ya dable el remedo. Se ejecutó el drama á presencia de la corte de Ferrara por la primavera de 1573, y aquel parto primoroso de solos dos meses de tarea se celebró como una obra maestra de finísima elegancia, pues el conjunto es atinado, el diálogo muy propio, y obvio el desenlace. Quanto sobresale el estilo de la Jerusalem por su entonación y sublimidad, tanto mas agraciada es el de la *Aminta*: y en el parangón de ambos cuadros, se viene á dudar de que sea uno mismo el pincel que los ha rasgueado. El Taso, que aparece personalmente bajo el nombre de *Tirsi*, se explaya recordando memorias pasadas. « Al asomar á estos sitios venturosos... (Ferrara), estuve mirando en torno diosas, ninfas peregrinas, objetos embelesantes sin velos ni celajes. Así raya la aurora por el alcázar de los inmortales, al ir derramando oro y plata por el rocío y los destellos de la madrugada. Arrebatóme su vista allá sobre otra esfera; una deidad desconocida embargó mis potencias, y robusteció mi alma con pujanza nueva. Orillé los conciertos humildes de la musa pastoril para entonar tan solo héroes y peleas... Los sonidos de mi caramillo, estallando mas y mas, compiten ahora con el raudal de las clarines y estremecen las selvas (acto I, escena II). »

(Se continuará.)

(1) Se tradujo ya por entonces en castellano por el famoso Jáuregui, poeta y pintor de nota, y retratista de Cervantes, como lo afirma este mismo en el prólogo de sus novelas.

Los frescos

DEL PALACIO LITTA

EN EL LOUVRE.

Pocos museos poseen frescos, y aquellos que exponen algunos (como el museo Brera, en Milan), no los presentan sino trasladados al lienzo, esto es, habiendo perdido ya una parte del encanto de su colorido. La razón de esto es bien sencilla. La pintura al fresco está adherida á la misma pared, y para quitarla, es preciso arrancar el muro, esto es, destruir el monumento, y arrancarle, si es posible, de una sola pieza. Gracias al espíritu de conservación, que cada día hace progresar, estas ocasiones escasean cada vez mas, y se comprende con qué anhelo los establecimientos públicos se aprovechan de aquellas que pueden ofrecerse. Hasta este día el museo del Louvre no poseía mas que tres frescos, los tres de Bernardino Luini, marcados en el catálogo de 1864 con los números 242 bis, ter y quater, y que solo forman parte de la colección desde 1863. Durante el mes de enero último, la administración ha podido comprar por 100,000 fr. otros seis frescos de Luini, lo que eleva su número á nueve.

Hé aquí su descripción:

La Anunciación. — A la izquierda la Virgen de pie teniendo un libro en la mano derecha, y la izquierda sobre el pecho. A la derecha, un ángel igualmente de pie indica el cielo con la mano derecha. Entre los dos personajes un jarro con una azucena.

El Pesebre. — A la izquierda en el suelo, el Niño Jesus ro-



Salvator mundi, fresco de Bernardino Luini, comprado recientemente para el museo del Louvre.

deado de dos ángeles, con una cruz el uno de ellos. En medio la Virgen arrodillada adora á su hijo. A la derecha san José. Del buey y del asno no asoman mas que las cabezas. Mas arriba dos ángeles en nubes. Por una ventana abierta se distingue un paisaje animado por los pastores á los que anuncia el ángel la buena nueva.

La Adoración de los Magos. — A la izquierda los tres reyes magos, uno de ellos arrodillado enfrente del Niño Jesus, sostenido en pié por la Virgen sobre sus rodillas y bendiciendo con la mano derecha. Fondo de paisaje montañoso por donde pasan los soldados de Herodes.

Ecce Homo. — En medio el Cristo, de medio cuerpo, con las manos atadas y ensangrentado. A la izquierda un fraile arrodillado, y á la derecha un santo con un rosario y un libro.

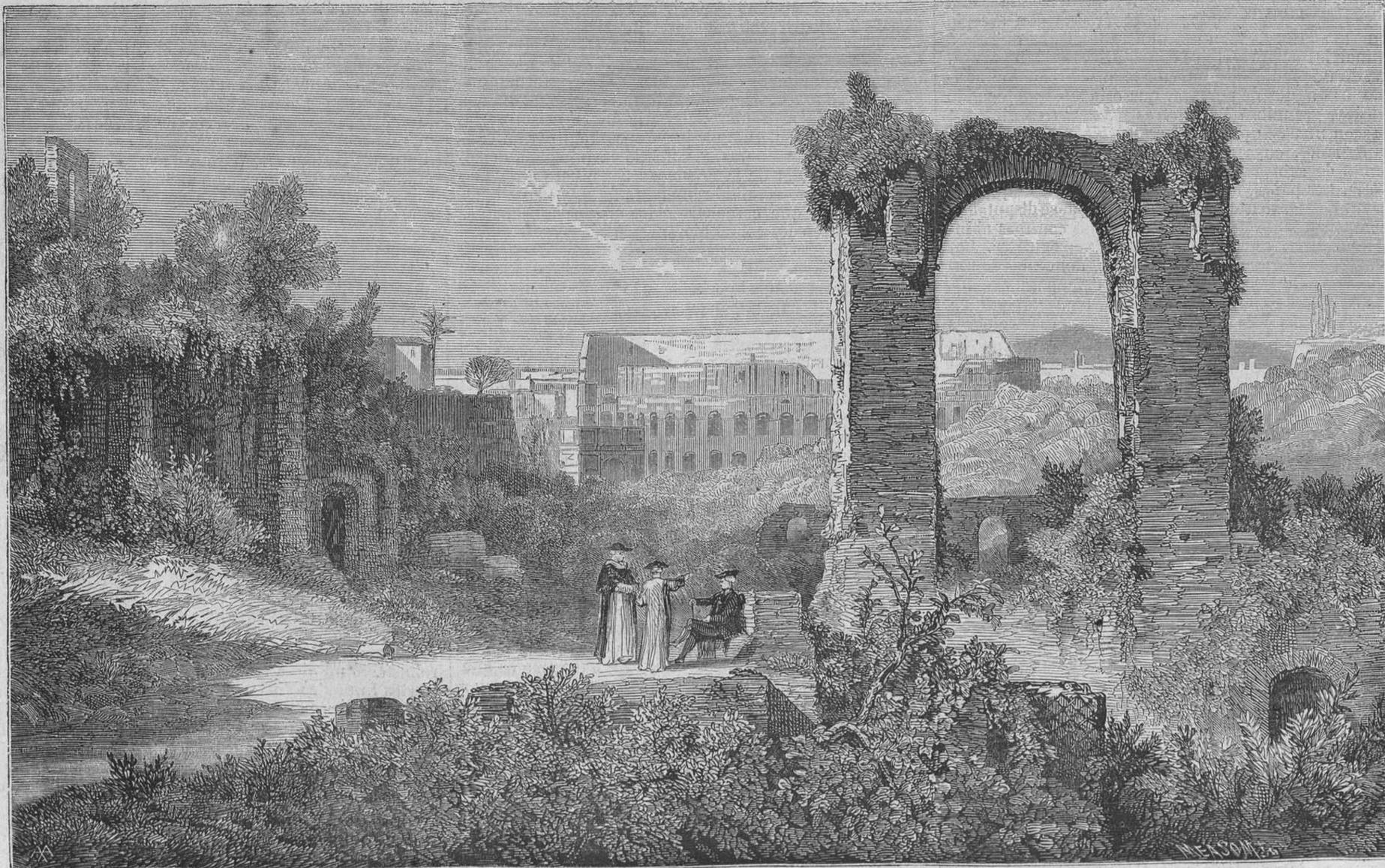
Salvator mundi. — El Cristo de medio cuerpo y de cara, bendiciendo con la mano derecha, y teniendo en la izquierda el globo del mundo. Debajo esta inscripción:

Posce ne dubita. Quodcumque patri in nomine meo petieris fiet tibi.

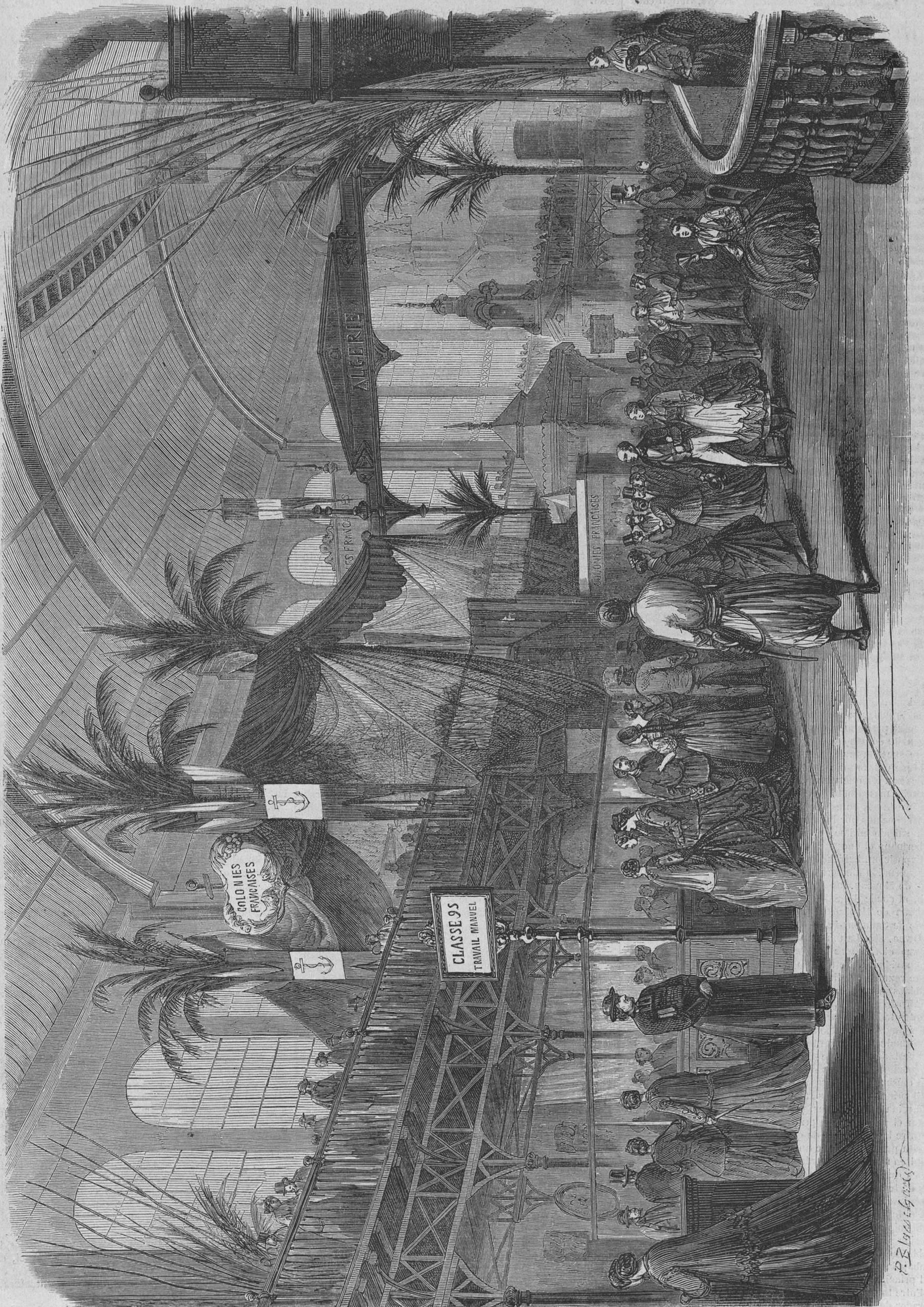
Focion. — Fresco conocido con este nombre en el palacio Litta. A la derecha Focion sentado de cara, rechaza los regalos que le presenta en un vaso de plata un hombre acompañado de un segundo personaje. Entre Focion y este personaje un perro. Fondo de interior. Algunos utensilios comunes en una tabla, y debajo de ella un cartel con la inscripción siguiente:

Malo in fictilibus meis esse, et aurum habentibus imperare.

El *Ecce Homo* y el *Focion* tienen cada uno 2^m, 14⁷ de altura



BELLAS-ARTES. — Exposición de 1867. — *El Coliseo, vista tomada del Palatino*, cuadro por M. Anastasi.



EXPOSITION UNIVERSALE. — Galerie de las máquinas: productos de la Argelia.

P. B. 1875

sobre 1^m, 92 de ancho. La *Anunciación*, el *Pesebre*, la *Adoración de los Magos* y el *Salvador mundi*, tienen cada uno 1^m, 80 de altura sobre 1^m, 27 de ancho.

La historia de la procedencia de estos frescos no es muy larga. Ni Vasari, ni ninguno de los historiadores del arte anteriores á nuestra época los menciona. Únicamente M. Ris se expresa así en su curioso libro del *Arte cristiano* (edición de 1835, t. II, p. 256): «Luini tuvo el mérito de haber vuelto á poner en boga un asunto antes muy popular entre los artistas milaneses: la *Adoración de los Magos*. Esta popularidad reconocía por base una tradición originaria del tiempo de san Eustorge, quien llevó á Milan, en el año 320, los cuerpos de los tres reyes venidos de Oriente para adorar al Niño Jesus. Luini estimuló la devoción de los milaneses para el antiguo santuario de san Eustorge y su afición á aquella composición favorita, pintándola con toda la perfección posible en la capilla de las reliquias reales. Además de las que hizo para los Savilet de Milan y para el oratorio de San Miguel, señalaré una en la catedral de Como, que no es mas que una reproducción con pocas variantes, de un precioso fresco que fué trasladado al palacio Litta. La disposición, los tipos, el estilo del dibujo, todo allí es admirable.»

Lo único que se sabe, es que estos frescos existían antes de 1810 en la capilla de un convento convertido en palacio y situado en la aldea Greco, fuera de la puerta Nueva en Milan. A consecuencia de alianzas, pasó á la familia Castelbarco, de manos de la familia Litta. En 1810 el primer Litta, que llevó el título de duque (Antonio), gran maestro de la casa del príncipe Eugenio, los mandó trasladar al salón de su palacio en Milan, en cuyas paredes estaban aun incrustados, cuando hace dos meses los compró el museo del Louvre.

Se han tomado todas las precauciones convenientes para asegurar la conservación de estas composiciones. Un empleado superior delegado por la administración de los museos imperiales, vigiló la operación de quitarlos de la pared, el transporte de Milan á Génova, de Génova á Marsella, á bordo de un buque del Estado, y de Marsella á París. Cada una de estas operaciones se ejecutó cuidadosamente. En suma, la administración no ha retrocedido ante ninguna medida, ante ningún gasto para asegurar la integridad de los frescos que un acaso inesperado acaba de confiar á sus cuidados.

C. DE R.

Revista de Paris.

Los viajes que los soberanos de los distintos países del mundo han emprendido ó piensan emprender á la capital de la Francia, continúan siendo la gran actualidad entre las cosas parisienses. Las noticias de los que han aceptado el convite del emperador para visitar la Exposición universal se suceden tan á menudo y de un modo tan satisfactorio para el orgullo nacional francés, que ya no se dice cuáles son los que vienen, sino los que no vienen, porque así se acaba mas pronto de ajustar la cuenta. Preciso es pues que insistamos en este asunto, á fuer de fieles cronistas.

Principiemos por las despedidas.

El sábado último, el príncipe de Gales, acompañado de su hermano el duque de Edimburgo, hizo su última visita á la Exposición, habiéndosele servido en el pabellón Gousset un espléndido almuerzo al que asistieron tambien los duques de Mouchy, los de Manchester, el príncipe de Metternich, el conde de Saint-Prix, los marqueses de Pourtalés, madama de Montgomery, el príncipe Aquiles Murat, el conde de Caumont-Laforce, el príncipe de Sagan, M. Cole, M. Owen, etc. La música de los guías tocó durante el almuerzo el *God save the Queen*, que fué muy aplaudido por los convidados. Terminado el almuerzo, toda aquella brillante reunión se dirigió al palacio de Túnez, donde fueron recibidos por el baron de Lesseps, comisionado general. M. Alfredo Chapon, arquitecto del edificio, explicó á los visitantes todos los pormenores del palacio, y el baron añadió algunas observaciones interesantes acerca de los usos y costumbres del Oriente. Habiendo los ilustres huéspedes manifestado deseos de adoptar por algunos momentos hábitos tunecinos, se les sirvió café y chibouces mientras que una música tocaba aires del país.

El príncipe de Gales salió de Paris dejando en él al rey y á la reina de los belgas, y cuando se hallaban á punto de llegar el príncipe y la princesa real de Prusia.

Entre los obsequios de que han sido objeto los primeros, se cita particularmente un almuerzo dado por M. de Rothschild en su magnífico palacio campestre de Ferrieres. Sabido es que este palacio contiene un museo de preciosidades de todos los países del mundo, viéndose además acumulado allí todo lo mas asombroso que ha creado hasta el dia el lujo moderno.

El emperador y la emperatriz dieron el sábado una gran comida al príncipe y á la princesa de Prusia, y ahora se habla de grandes preparativos que se están haciendo en la embajada prusiana para una fiesta que se organiza en honor del príncipe hereditario.

Entre tanto se espera para el fin de esta semana, al emperador de Rusia, á cuya llegada seguirá inmediatamente la del rey de Prusia. No hay para qué decir que á entram-

bos soberanos se les hará en Paris una recepción ostentosa.

Hoy se da por cierta la noticia del viaje del sultan con un séquito mas reducido que el que anunciamos la semana última, pues se dice que esta comitiva no pasará de cincuenta personas. La rectificación es importante, en unos tiempos en que los víveres toman en Paris precios fabulosos. El habitante de esta capital que puede vivir actualmente con el doble de lo que gastaba antes del mes de abril, puede darse por satisfecho.

Volviendo al sultan, diremos que su viaje se considera como un acontecimiento de alta importancia, porque desde que existe el imperio turco, será esta la primera vez que el jefe de los creyentes sale de su imperio para visitar á una nación cristiana.

Tal trascendencia se atribuye á esta expedición, que un diario que se inspira en altas regiones, el *Etendard*, hace las reflexiones siguientes:

« Si se toma en cuenta la determinación de Abdul-Azis, los últimos incidentes que han señalado la historia del imperio turco, y las ideas de reforma que agitan todas las clases y que han encontrado atrevidos promovedores aun en las clases mas elevadas de la sociedad musulmana, se comprenderá que el viaje del sultan no es tan solo una muestra de simpatía á Napoleon III y un homenaje á la Francia, sino tambien un paso espontáneo dado con conocimiento de causa hácia el progreso social, hácia las reformas prudentes, hácia la civilización, que transforma los pueblos y realza los imperios. »

Dícese que el sultan se embarcará en el yacַht imperial *Ismid*, que irá escoltado por las fragatas de vapor *Mahmoud* y *Stambul* de la marina otomana. Saldrá de Constantinopla á últimos de junio, y desembarcará con su comitiva en Tolon, donde se le harán los debidos honores.

La escuadra de evoluciones se adelantará á recibir al sultan para darle escolta.

Ya hemos anunciado igualmente la venida del shah de Persia, y hoy tenemos que señalar la del emperador de la China. Con efecto, el *Journal du Havre* asegura que el soberano del Celeste Imperio, invitado por una carta autógrafa de Napoleon III, partirá á mediados de julio, á bordo de un vapor de las Mensajerías imperiales, pasará por el istmo de Suez, y desembarcará en Marsella á mediados de agosto. El emperador de los chinos será hospedado en Paris, durante toda su estancia, á costa del emperador de los franceses.

Por último, mientras de Madrid dice el telégrafo que Su Majestad Doña Isabel II no vendrá á ver la Exposición universal, de Viena escriben que el emperador de Austria se pondrá en camino para Paris, una vez que se concluyan las fiestas de su coronación como rey de Hungría.

Las visitas de tanto soberano, las fiestas que motivan, y sobre todo el asombroso espectáculo que presenta la Exposición universal, han producido este año un cambio muy notable en las costumbres de los parisienses. No se habla de mudanza al campo, ni de viajes á Baden, ni á los baños de mar, y á lo que aspira todo el mundo, es á conseguir una esquila de convite para Tullerías, para el Hotel de Villa, para las embajadas de Prusia ó de Austria. Quien no se queja de esta novedad en la situación, es la industria que tiene por objeto las diversiones públicas, teatros, bailes, conciertos al aire libre, circos ecuestres, y demás funciones propias del verano. Todos estos puntos de reunión nocturna atraen en la actualidad una inusitada afluencia de espectadores. ¿Qué mas? Hasta en los jardines públicos como Tullerías, Luxemburgo y Palacio Real, se nota todas las tardes una concurrencia extraordinaria por causa de la música. No se desperdicia nada en estos momentos en que tanto la población de Paris, como los forasteros, parecen no tener mas objeto que el de divertirse.

A propósito de estas músicas militares que se trata de suprimir, habiéndose comenzado ya por las bandas de caballería, los diarios de Paris han tomado de uno de provincia una anécdota bastante chistosa.

Parece ser que un doctor, que se designa con la inicial X., tenia una manía incurable, y era la de escribir memorias. Ya habia publicado cierto número de ellas, algunas sobre asuntos mas que insignificantes, risibles, sin lograr otra cosa que suministrar papel á los tenderos para hacer cucuruchos, cuando hé aquí que de repente la filantropía se apoderó de su cerebro, haciéndole entrever un peligro mortal para la humanidad en el uso de los instrumentos de viento.

En descargo del facultativo, cúmplenos decir que en la misma casa que él, habitaba un aprendiz de cornetín que trabajaba todo el dia. El buen doctor resolvió desde luego la abolición de las bandas de música militar, y se le ocurrió dirigir sobre este punto una Memoria al señor ministro de la guerra. Ahora bien, para este Memoria necesitaba pruebas, necesitaba la elocuencia de las cifras, y hé aquí lo que hizo:

Durante largos años nuestro hombre trató de coleccionar, entre los músicos de regimiento, un número suficiente de tísicos; mas desgraciadamente para él, los casos que buscaba huían ante su vista.

Sin embargo, una vez, dia felicísimo entre todos, un militar con cuello galoneado entró en el gabinete del doctor, quien fijó inmediatamente su atención en su aspecto escuálido, sus megillas hundidas y sus pómulos salientes y rosados.

— ¿Qué padece Vd.? le preguntó con interés sumo.

— ¡Ay! señor mayor, respondió el parroquiano, siento una debilidad que se aumenta cada dia.

— ¿Y escupe Vd. sangre?

— Sí, señor.

— ¿Hace mucho?

— Sí, hace ya algun tiempo.

El doctor se restregó las manos, y seguidamente procedió á un minucioso exámen del pecho.

Cada percusión, cada auscultación, cada sucesión producía un sonido particular, indicio irrefutable de una tisis pulmonar que habia llegado á su último periodo.

La alegría del doctor iba creciendo, y una sonrisa de satisfacción se acentuaba mas y mas en su semblante.

— ¿Está Vd. en la música?

— Sí, señor mayor.

— ¿Cuánto tiempo hace?

— Unos dos años.

— ¿Dos años, nada mas?

— Poco mas ó menos.

— Pues, amigo mio, la enfermedad ha hecho progresos considerables.

Y el jubilo del doctor creció hasta el punto que era ya un insulto para el enfermo.

— ¿Y padece Vd. mucho?

— Sí, señor mayor.

— ¿Solo desde que está Vd. en la música?

— Antes no sentía nada.

El doctor acababa de encontrar en dos minutos una prueba contundente en apoyo de su teoría contra los instrumentos de viento.

— ¿Qué instrumento toca Vd.? ¿La flauta, el cornetín de piston ó el clarinete?

— No, señor, toco los platillos.

Claro es que la Memoria del doctor se quedó en proyecto, y por lo tanto no es el pensamiento del doctor en cuestión el que ha influido para la supresión de las músicas de caballería.

De todos modos, mientras aun existen las bandas de infantería, el público, como hemos dicho ya, las aprovecha, y no solo en los lugares indicados, sino en el jardín de la Exposición universal donde hay concierto todas las tardes.

Ya principiámos á tener noticias de las recompensas que concede el jurado. Sabido es que además de las medallas y menciones honoríficas, el jurado internacional dispone de cierto número de grandes premios destinados á recompensar méritos extraordinarios. Entre los agraciados de esta elevada categoría, figurarán, segun se asegura, los siguientes:

Su Majestad el emperador de los franceses, casas obreras.

Jacobi, galvanoplastia, Prusia.

Mame y compañía, impresores-libreros en Tours.

Petin Gaudet, metalurgia.

Besmer, aceros.

Mathieu, instrumentos de cirugía.

Schneider, director del Creuzot.

Hughes, telegrafía eléctrica.

Compañía del istmo de Suez.

Sociedad inglesa de salvamento.

Fraguas y astilleros del Mediterráneo.

Farcot, máquinas de vapor.

Pasteur, conservación de los vinos.

Marès, sistema para azufrar la viña.

Sociedad internacional de socorros á los heridos militares.

Sociedad sanitaria de los Estados Unidos.

Dufresne, procedimiento de dorado con mercurio, sin peligro para los obreros.

La Argelia por sus algodones.

El Brasil por el mismo cultivo.

En cuanto á premios ordinarios, nos limitaremos hoy á dar á conocer los correspondientes á pintura, escultura y arquitectura.

Entre los primeros nuestra lista no comprende mas que á los españoles, que son los siguientes:

Don Eduardo Rosales, primera medalla de oro, valor de 800 francos, por el cuadro de *Doña Isabel la Católica dictando su testamento*.

Don Vicente Palmaroli, segunda medalla de oro, valor de 500 francos, por el cuadro de *el Sermon en la capilla Sixtina*.

Don Antonio Gisbert, tercera medalla de oro, valor de 400 francos, por el cuadro del *Desembarco de los Puritanos en la América del Norte*.

Y don Pablo Gonzalvo, tercera medalla de oro, valor de 400 francos, por el cuadro que representa *el Antiguo salon de Cortes en Valencia*.

Hé aquí ahora la lista general de los escultores que han obtenido medalla.

Señores Guillaume, Perrault, Drake, prusiano, y Dupré, italiano. Además han obtenido primeras medallas los señores Carpeaux Crauk, Falquiere, Gumery, Millet y Pouscarme, y por grabado en medallas Thomas y el italiano Vela. Las segundas medallas se han dado á los señores Paul Dubois, Fremiet, Gruyere, Noreau, Ottin, Salmison, Argenti, italiano; Blaeser, prusiano; Caroni, suizo; Luccardi, de los Estados pontificios; Pescador, español; por grabado en medallas, Strazza, italiano. Los agraciados con las terceras medallas han sido los señores Cain, Cambos, Cugnot, Feugeres-des-Forts, Maillet, Merley, grabador en medallas, Montagny, Wanson, Drosis, griego; Pisker, belga, Sañol, español, y Lyon, inglés.

Por último, los premios otorgados á la arquitectura, son los que se expresan á continuación:

Medallas de honor á los señores Ancelet y Ferstel, austriaco; Waterhouse, inglés; primeras medallas á los señores

res Royan Lametre, Thierry, capitán Fouke, inglés; Rosa-noff, ruso; y Schmitz, prusiano; segundas medallas, los señores Boitte, Depertbe, Esquie, Guillaume, Questel, Lyun, inglés; Hauzel y Hlavka, austriacos; y terceras medallas, a los señores Baudry, Daumet, Thomas Barry, inglés; Carpentier, belga; y Semper, suizo.

Creemos haber dicho ya que la distribución de estas recompensas tendrá lugar con gran pompa el día 1º de julio, para lo cual se están haciendo ya los oportunos preparativos en el Palacio de la Industria. Entonces se efectuarán también los concursos internacionales de música, y cierto número de festivales que harán época.

Entre los trajes exóticos que excitan actualmente la atención en París, donde la Exposición universal está llamando representantes no solo de todas las naciones, sino de las provincias, se distinguen mucho estos días los de los francos-tiradores de los Vosges, que visten simplemente una blusa de lienzo crudo ajustada con un cinturón, y una gorra con plumas erguidas. Estos tiradores, procedentes de los Vosges, constituyen una sociedad civil, pero tienen una historia militar gloriosa en los anales de la Francia.

En distintas épocas combatieron con denuedo en clase de voluntarios en las filas del ejército francés; mas hace años ya que no constituyen, como hemos dicho, sino una institución civil de excelentes tiradores.

El miércoles último a las diez de la mañana, pasaron revista en la plaza del Rey de Roma, y este espectáculo llamó una crecida afluencia de espectadores.

Muchas banderas ondeaban al frente del batallón, é indicaban con sus inscripciones los nombres de los cantones á que pertenecían los distintos grupos de los francos-tiradores. Su aspecto es muy militar, y tienen todas las apariencias de esforzados é intrépidos montañeses.

Con la multitud de gente desocupada que anda hoy por París, todos estos espectáculos públicos adquieren un brillo extraordinario. Así, las carreras del domingo en el bosque de Boulogne, no obstante las cien mil personas que hubo en la Exposición, tuvieron una concurrencia nunca vista. ¿Qué será pues en la gran reunión del domingo próximo, en la cual se disputará el gran premio de 100,000 francos, y á la que asistirá el emperador de Rusia?

Se dice que en esta carrera tomará parte el célebre caballo ruso *Beduino*, que prueba ya sus fuerzas en el hipódromo en presencia de ciertos aficionados distinguidos. *Beduino* es uno de los caballos que se admiran en la exposición rusa, y por el cual se han ofrecido 25,000 francos, proposición que ha sido hecha por telegrama á su dueño M. Bodkin, residente en Moscou. Su celebridad la alcanzó días pasados recorriendo un kilómetro en 95 segundos, arrastrando un peso de 163 kilogramos (cochero y carruaje). Con tales bríos no hay duda que *Beduino* puede aspirar á llevarse el premio.

Concluyamos con algunas noticias musicales.

El comité de los conciertos históricos instituido por decreto del señor ministro de Estado, vicepresidente de la comisión imperial, con fecha del 7 de febrero último, ha juzgado útil para el interés artístico de su obra el iniciar al público en la historia del arte musical, desde el siglo XIII hasta el fin del XVIII, en lo concerniente á la música religiosa, la ópera, la sinfonia, la música de cámara y la de baile, y ha pensado alcanzar este fin tomando las decisiones que se indican á continuación, y resolviendo desde luego que las piezas destinadas á figurar en los programas de los conciertos históricos, se elegirían principalmente entre las producciones de los autores cuyos nombres siguen:

Siglo XV. — Joaquín Lesprés.

Siglo XVI. — Nicolás Gombert; Clemen non papa; Jannequin; Roland de Lassus; Palestrina.

Siglo XVII. — Cavalli; Monteverde; Carissimi; Legrenzi; A. Scarlatti; Lulli; Lalande.

Siglo XVIII. — Keiser; Campra; Marcello; Rameau; Hændel; Bach; Vinci; Léon; Gallupi; Pergoleso; Gluch; Philidor; Piccini; Monsigny; Haydn; Sachimi; Bocherini; Paesiello; Grétry; Cimarosa; Viotti; Dalayrac; Mozart; Méhul.

Las decisiones del comité son las siguientes:

1ª Los conciertos históricos comenzarán en el mes de junio.

2ª Estos conciertos comprenderán doce funciones.

Seis de ellas serán destinadas, bajo forma de conciertos, á las obras mas importantes en todos los géneros.

Estos conciertos abrazarán los periodos musicales siglo por siglo, desde fines del siglo XV hasta el XIX inclusivamente.

Otras seis funciones se consagrarán á las obras mas íntimas de la música religiosa, del drama litúrgico, de la ópera, de la música popular, de la música de cámara y de baile, y en caso necesario podrán tomar la forma de conferencias musicales y literarias.

Las piezas oídas en estas funciones remontarán al siglo XIII y llegarán hasta nuestros días, de este modo:

Sección vocal. — Cantos á dos y á tres voces; villancicos corales, lieder, canciones francesas y españolas; melodías de voces solas ó con acompañamiento de instrumentos, tales como el laud, la viola, etc.; música religiosa y dramática.

Sección instrumental. — Música de baile; pавanas, zarándas, gabotas y minués. — Música de cámara; piezas de clavicordio, duos, tercetos, cuartetos y todas las composiciones clasificadas en esta categoría.

El comité publicará próximamente la fecha y el programa del primer concierto histórico.

En punto á teatros no se habla mas que de la gran fun-

cion que se prepara en la Opera en honor del Czar para la noche del 4 de junio. Dícese que el emperador ha dado orden de que, fuera de los palcos que necesita el mundo oficial, el resto de las localidades se despache al público. Inútil será añadir si se afanan los parisienses á fin de obtener puestos para una función á la que asistirán nada menos que diez y siete soberanos y príncipes. El espectáculo en verdad será brillante y digno de ser visto.

MARIANO URRABIETA.

Viaje al polo boreal.

FRAGMENTOS.

(Continuacion.)

En el mismo día hicimos sobre el hielo nuestra provision de agua; cuya operacion consistia en abrir en la nieve, que era muy densa, un hoyo que al punto se llenaba de agua muy clara, extremadamente dulce, y tan sana como la que sacábamos en las islas. Esto no es de extrañar, si se atiende á que esta no es otra cosa que nieve derretida que se habia colado por las barrancas y al través del musgo.

Por espacio de muchos días tuvimos un tiempo nublado y húmedo, y continuamos nuestro camino por los hielos que á la sazón cubrían toda la superficie.

El día 10 de agosto reconocimos por la observacion que solo distábamos algunas leguas de la parte mas setentrional de Spitzberg; pero era tan densa la niebla, que no pudimos verla. Conforme adelantábamos, los hielos se estrechaban mas y mas en torno nuestro. Esperábamos que el viento del sudeste nos abriera un paso; pero sopló por espacio de veinte y cuatro horas sin que se hiciese el mar mas navegable. Este viento iba acompañado de lluvia y nieve, y como nos venia de frente, dificultaba en gran manera la maniobra.

Habiendo muerto sobre el hielo un enorme caballo marino, los marineros lo incendiaron, lo que produjo un efecto verdaderamente curioso; pues reflejadas las llamas por los montes de hielo que recibian de ellas vivísimo resplandor y las asemejaba á un rojo muy subido, parecia que un incendio universal hubiese sucedido á la helada.

Esta presa fué un excelente pasto para atraer á los osos; los que habiendo percibido el olor de aceite quemado que cuajaba el ambiente, acudieron en gran número hácia el animal inflamado, de que arrancaban pedazos, pero no sin quemarse.

Aprovechamos la ocasion para matar dos ositos; pero no nos atrevimos á ir por ellos, porque habiendo quedado á su lado todos sus compañeros, nos amenazaban con sus aullidos de horrosa venganza.

El día 12, estando el tiempo apacible y pardo, reconocimos que íbamos arrollados hácia el Este con el grueso del hielo, y á eso de media noche, habiéndose serenado el tiempo, nos anunció el capitán Slapperwack que estábamos en medio de las Siete Islas.

Destacamos algunos hombres al mando de Douglas, para atravesar el hielo hasta la isla mas setentrional, y ver si se descubria algo desde los promontorios. A la noche volvieron, despues de una marcha penosa, y nos dijeron que no se distinguia nada, sino un anchuroso continente de hielo que parecia extenderse indefinidamente sin ninguna abertura. La aprension de tener que pasar el invierno en este paraje, nos parecia mas cruel que la muerte; resolvimos pues, cualquiera que fuese la locura de la empresa, probar el efecto de nuestras fuerzas reunidas sobre el hielo que nos rodeaba, y que empezaba á dejarnos percibir su empuje.

Nuestro primer conato fué abrir, como anteriormente, una cuenca donde pudiese estar la embarcacion en seguridad por algun tiempo; despues trabajamos en romper un canal por el hielo con ánimo de continuarlo hasta alta mar.

Todos nuestros hombres desempeñaban su tarea con un afán y júbilo verdaderamente increíbles; y nos valiamos de las sierras de hielo, las hachas, trineos, palos y de todos nuestros instrumentos de marina. Despues de haber cortado trozos de hielo de ocho á quince pulgadas de grueso, encontramos otros de muchas brazas que ninguna fuerza humana hubiera sido capaz de separar. Desahuciados ya de la empresa, la abandonamos por otro proyecto que prometia mejor resultado, sin ser menos trabajoso.

Unánimemente resolvimos que no pasaríamos el invierno en aquel sitio, aun cuando nos costase la vida.

Nuestro proyecto era colocar en nuestras barcas cubiertas regulares, y arrastrarlas sobre el hielo hasta que encontrásemos un paraje adecuado para arrojarlas al mar. Efectuado esto, esperábamos poder, con el auxilio de las velas, alcanzar la ensenada mas setentrional de Spitzberg bastante á tiempo para proporcionarnos paso en algun ballenero.

Al día siguiente, el viento sopló del nordeste, y hacia un frío excesivo. Bajamos sobre el hielo nuestras barcas, que guarnecimos interiormente con lienzo grueso para precavernos del frío, en cuanto fuese posible, si fuésemos tan dichosos de ponernos á nado.

Empleamos todo el día en cocer una buena porcion de pescado para el viaje, y distribuimos á los marineros sacos destinados á llevar el pan y tantos utensilios necesarios como les permitiese su aguante, pues las barcas

estaban bastante cargadas con los líquidos y demás provisiones. Juzgamos que cada hombre podria llevar pan para veinte y cinco días. Se depositó sobre el trineo, al que estaban uncidos nuestros perros, un refuerzo de provisiones con nuestros instrumentos de matemáticas, á que convenia mejor este carruaje, porque no estaba tan expuesto á volcarse como las barcas.

El capitán Slapperwack, acompañado de nuestro piloto mas experimentado, nos dejó durante estos preparativos, y provisto de un compás portátil, de un buen telescopio y de algunas provisiones, fuése á examinar qué camino convenia tomar. Volvió á deshora, y nos participó que el agua mas cercana que habia percibido debia distar diez leguas al Oeste: que habia encontrado por el camino un gran número de pinos, unos llevados sobre la superficie del hielo por la violencia de los vientos, y otros nadando por las grietas, añadiendo que él creia que alcanzando la alta mar, nos seria muy fácil llegar á la costa de Spitzberg, y aun volver á nuestra embarcacion, si hubiesen marchado todos los balleneros, y que podríamos trasladar á nuestra antigua habitacion una suficiente cantidad de provisiones, para pasar allí el invierno con mucha mas comodidad que la primera vez, porque estábamos surtidos de todo cuanto podia hacernos llevadera nuestra reclusion.

Todos fuimos de este parecer, y cuando estuvieron cargadas nuestras barcas y puestas en estado de marchar, recomendé á la gente que empleara la noche durmiendo, para poder ponernos en camino á la madrugada del siguiente día.

A las seis, todos estaban prontos; solo Douglas no pareció al llamamiento. ¡Cuál fué mi admiracion, cuando al entrar en el camarote, le encontré afeitándose con toda tranquilidad!

— Douglas, le dije, ¿cómo podeis pensar en vuestra persona en un momento en que nuestra angustia es tan espantosa, que no podemos, sin una especie de milagro, ejecutar la arriesgada empresa en que vamos á empeñarnos?

— ¿Para qué, señor Bragg, me respondió con calma, y continuando afeitándose, para qué apurarse en semejantes circunstancias? Puede que la semana entrante no tendré lugar para afeitarme como hoy; mas sin embargo, estando resuelto á no abandonar el buque mientras queden dos tablas unidas entre sí, tendré lugar suficiente para hacerlo durante vuestro viaje; pues, hablándoos con franqueza, extraño mucho que el miedo os haya cegado hasta el punto de hacer os desertar el barco, cuando es contingente que en veinte y cuatro horas se ponga á nado. Por lo que á mí hace, añadió, dejando la navaja y la barba medio afeitada, estoy decidido á quedarme á bordo, y si el hielo se cuarteja, iré á recogeros; ó si no, me resignaré á mi suerte, que creo no será peor que la vuestra en la expedicion de gansos, ó por mejor decir, de osos salvajes en que os vais á aventurar sobre el hielo.

Parecieronme tan acertadas estas observaciones, que al instante corrí al combés para comunicarlas al capitán; tres hombres se ofrecieron á quedarse con Douglas, á fin de que hubiese á bordo suficiente fuerza para hacer la maniobra, en caso de éxito favorable.

No pudiendo llevarnos mas vestidos que los que teniamos puestos, nos cubrimos con las franelas y gorros forrados; como yo sabia perfectamente que en las ocasiones peligrosas y que exigen sumo ahinco, nada contribuye tanto á grangearse la buena voluntad de los hombres como hacer correr á cada uno la misma suerte, insistí en que todos fuésemos vestidos de la misma manera. En una de las barcas depositamos algunas mantas.

Los que no estaban uncidos á las barcas, las empujaban por detrás, ó caminaban delante para allanar el camino, semejantes á los gastadores de un ejército.

El trineo caminaba con la mayor facilidad; pero tuvimos que arreglar su marcha á la nuestra, que era sumamente pausada. Podia sernos de grande auxilio para trasladar de la embarcacion á las barcas los renglones precisos, si tuviésemos la dicha de llegar á alta mar. Mas no osábamos lisonjearnos de tener éxito en aquella empresa, pues no habiamos podido hacer mas de una milla en seis horas, á pesar de nuestros extremados esfuerzos. Habiamos llegado á aquella distancia, cuando nos paramos para comer, casi extenuados de cansancio.

Encendimos lumbre sobre el hielo con astillas de aquella madera que encontrábamos por el camino ó nadando en las grietas, y nos disponiamos á cocer algunas tajadas de oso y de pescado, cuando nos sobrecogieron gustosamente los tres compañeros de Douglas, que nos traian de su parte vaca cocida y sopa caliente. Estos alimentos, á los que añadimos, por extraordinario, un vaso de aguardiente, nos dieron nuevas fuerzas. Seguramente que nunca se ha visto una cuadrilla mas rara de mortales reunidos en situacion semejante.

(Se concluirá.)

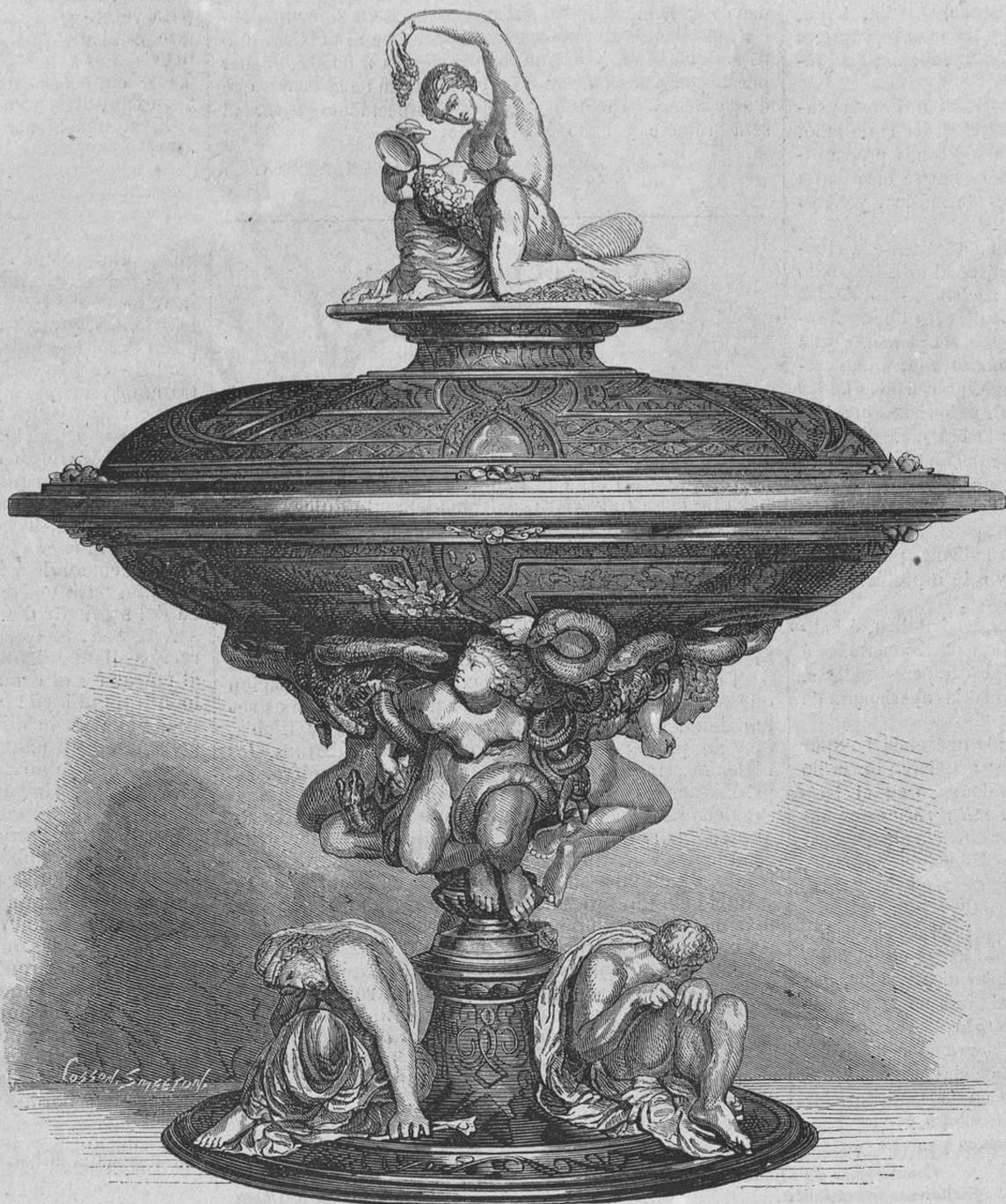
Exposicion universal de 1867.

LA ARGELIA.

La Argelia ocupa su puesto dignamente en el palacio del Campo de Marte. Su exposicion, muy curiosa ya bajo el punto de vista pintoresco, presenta un vivísimo interés en cuanto á la belleza y calidad de varios de sus

productos, que se hallan en progreso manifiesto sobre los de igual naturaleza que figuraron en Londres en 1851 y en Paris en 1855.

Digamos dos palabras sobre sus dibujos y modelos de arquitectura. En la clase 4ª encontramos dos interesantes reducciones: 1ª la del curioso mausoleo de los reyes de Mauritania, edificado por Juba II por la época del nacimiento de Jesucristo, y conocido con el nombre de *Tumba de la cristiandad*; 2ª la del *Medracen*, otro monumento fúnebre, de la familia real de Numidia. Este último se halla situado sobre una colina que domina la llanura de Elqsar. También encontramos aquí un modelo en yeso del bastion y de la gloriosa columna de Maza-gran, y luego los planos de un cortijo argelino, de una sinagoga y de una cárcel, y finalmente, las vistas de la ciudad y del puerto de Argel, de Oran y de Constantina. El 2º grupo (material y aplicación de las artes liberales) nos ofrece en la clase 6ª varios manuscritos árabes muy curiosos, entre otros un cuento inédito de las *Mil y una Noches*, la *Historia de la ciudad de cobre* y la *Historia de los reyes de Marruecos*, gramáticas árabes, y una serie de obras del mas alto interés, enviadas por el servicio de minas de la provincia de Argel, sobre las riquezas minerales de la Argelia. El comité provincial de Constantina ha expuesto en la clase 10 toda una colección de instrumentos de música indígena. Aquí vemos el bombo, *tebul*, la *derbuka*, tambor formado con un cacharro cubierto con un pergamino; el *thar*, ó pandereta, la *quesba* y el *djuak*, flauta

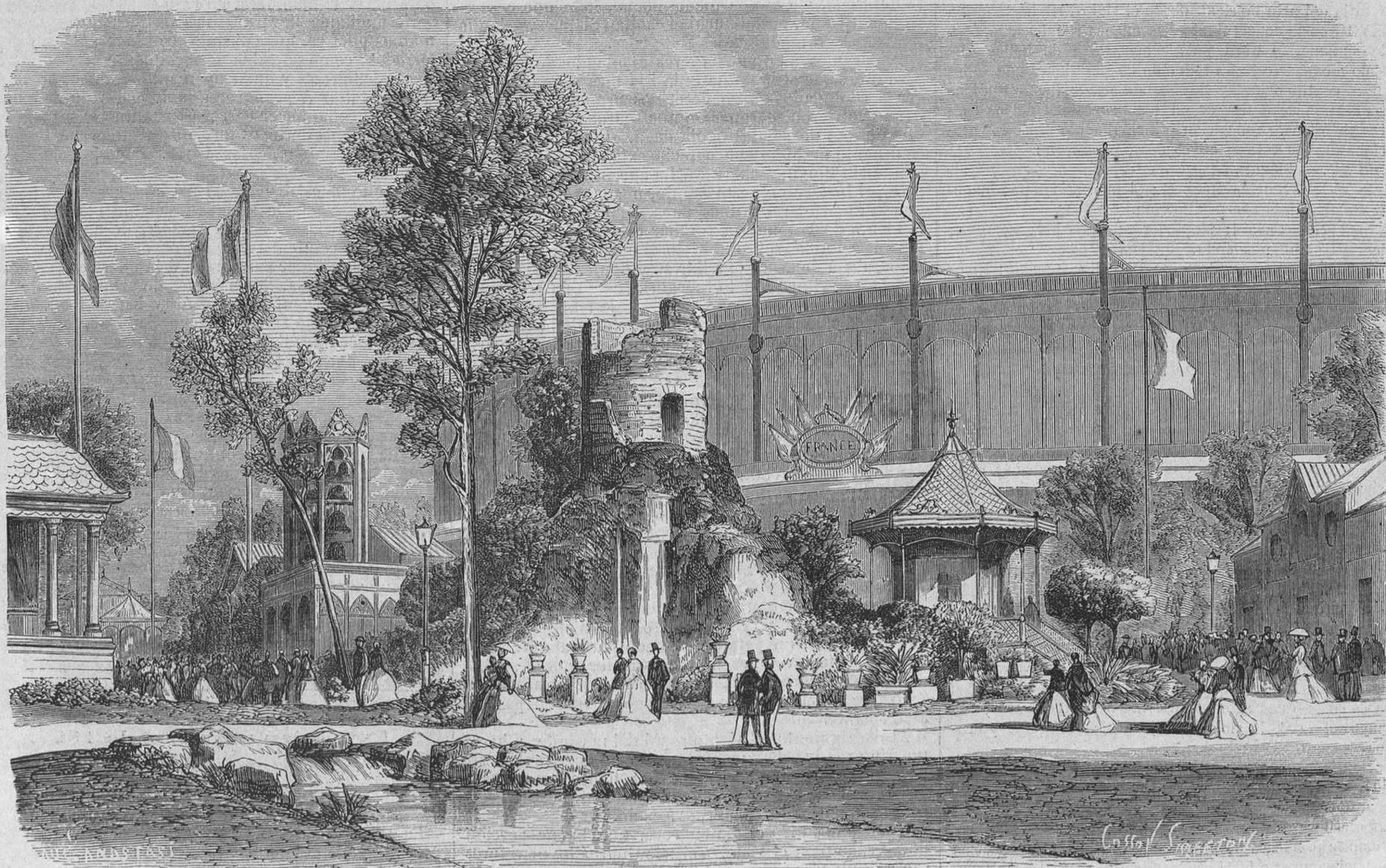


EXPOSICION UNIVERSAL. — La Copa de la Voluptuosidad, por M. H. Dufresne.

grande y pequeña hecha de caña, y castañuelas y platillos, sin contar la *kaira* de sonido leve.

La clase 14, que forma parte del tercer grupo, y concierne á los muebles de lujo, no presenta ni podia presentar gran interés bajo el doble punto de vista de la mano de obra y del mueblaje indígenas, mueblaje que, dejando aparte las esteras, alfombras, almohadas y colchones, apenas consiste en otra cosa que en mesillas bajas y cofres *senduk*, de forma rectangular, muy labrados y adornados, en los cuales guardan los árabes sus objetos preciosos. Pero no sucede lo mismo en cuanto á las materias primeras, esto es, las ricas clases de maderas que hay en la colonia, los productos de sus minas y canteras, de los que la industria francesa ha sacado un partido muy brillante. Hemos visto muebles de thuya y de limonero de un efecto maravilloso; y chimeneas, vasos y lámparas de mármol y de onix de Argelia, que son admirables. La clase 15 ofrece un producto muy interesante; es una *crin* vegetal que la industria ha sacado en estos últimos años de la palmera enana, y que el comercio parisiense aprovecha perfectamente. Una sola explotación de la provincia de Argel fabrica anualmente 900,000 kilogramos de esta materia, que vende á razon de 25 francos los 100 kilós.

En la clase 17 se encuentran las diferentes especies de cacharros que fabrican para su uso el árabe de las ciudades y el kabila, laborioso y trabajador que posee el instinto de la cerámica. Son cántaros, lámparas de uno ó mas mecheros,



El castillo, el juego de campanas: vista tomada de la avenida de Borgoña en el Campo de Marte.

grandes fuentes para el cuscusú, etc. Vienen luego los tapices (clase 18), que no constituyen entre las poblaciones argelinas un ramo de comercio. La lana que sirve para la fabricación la prepara la mujer árabe, la tienen los tintoreros judíos, y la teje un obrero especial que compone al mismo tiempo el dibujo. Hay cuatro clases de alfombras argelinas, á saber: la *zerbia* y el *quetif*, ambas notables por la calidad de la lana y la hermosura del dibujo, y por lo tanto de un precio elevado; y luego el *hambel*, de bandas longitudinales, simple tejido cruzado que sirve de alfombra y de manta, y el *metrah*, de pelo raso.

La cuchillería (clase 20) está representada por el famoso cuchillo *Bu-Saadi*, que aprecian mucho los indígenas, quienes le emplean á guisa de navaja de afeitar. La perfumería (clase 25) ocupa un gran puesto en la Argelia, donde el uso de los perfumes está muy en boga. El clima favorece mucho la producción de plantas aromáticas. Los vegetales especialmente propios para su preparación, son los naranjos y toda la familia de las aurasiáceas. De



EXPOSICION UNIVERSAL. — Concurso de horticultura: Plantas de ornato importadas por M. Linden: gran medalla de honor.
Commelina de l'Équateur. *Bignonia ornata.* *Maranta princeps.*
Dichorizandra musaica. *Ficus dealbata.* *Maranta virginalis.*

aquí sacan el nevoli, la esencia mas estimada, que vale de trescientos á cuatrocientos francos el kilogramo. Tambien hay el geranio rosa, que crece rápidamente, y da una esencia que reemplaza la de rosa. El cultivo de esta planta aumenta incesantemente. La esencia de geranio se vende de setenta á ochenta francos el kilogramo.

Pero la parte mas importante de esta exposicion, es seguramente la que concierne á los productos de las explotaciones forestales y los productos agrícolas.

En el Campo de Marte se ven muestras magnificas de los principales productos de los bosques argelinos. Primeramente se ve el alcornoque, que abunda mucho en la Argelia, y cuyo corcho es de una calidad superior. Despues, entre las maderas de labor, se ve el palo del thuya, con el que se hacen muebles hermosísimos. Los troncos de esta madera se hallan en gran cantidad en la provincia de Argel y en la de Oran, y se venden en la selva á 90 francos el metro cúbico. Vienen luego el pistachero y el olivo, el cedro y el enebro de Fenicia, la raíz de helecho ar-



El teatro chino en el Campo de Marte.

borescente, el limonero, etc. Para la Francia son muy importantes estas maderas africanas, pues consume anualmente seis millones de metros cúbicos de maderas de labor, y sus bosques no producen mas de dos millones.

Digamos dos palabras de los productos agrícolas. La producción de algodón ha crecido y crece cada día, y hoy los algodones argelinos de pelo largo pueden rivalizar con las mas bellas especies similares de la Carolina y la Georgia. El algodón da en Argelia un rendimiento de 8, 10 y á veces 18 quintales brutos por hectárea. Sus madejas de lino, sobre todo las que se recogen en la llanura de la Mitidja, son muy notables. Por término medio, la cosecha es de 50 quintales por hectárea, en granos de 7.

Entre los cereales, citaremos el trigo duro de Africa, del que hay magníficas muestras en el Campo de Marte: sus principios nutritivos son riquísimos. Se busca y prefiere á los demás trigos, no solo para la panificación, sino tambien para la preparación de las pastas alimenticias. Hay además la cebada, producción de primera necesidad para la Argelia, donde reemplaza á la avena, que excita demasiado á los caballos, y el maíz, del que los colonos se ocupan mucho, y cuyo rendimiento es de treinta á cuarenta hectólitros por hectárea.

Muchas cosas habria aun que decir, principalmente sobre los prados naturales tan ricos en la Argelia, sobre sus forrajes, sus verduras y sus frutos, así como sobre el cultivo de la viña; pero es preciso detenerse, pues otras materias nos reclaman. C. P. D.

LA COPA DE LA VOLUPTUOSIDAD,

POR M. ENRIQUE DUFRESNE.

La regla que nos hemos trazado, y que además nos ha sido impuesta por la abundancia de materias, de condensar en lo posible una industria ó un grupo en un solo artículo, no es sin embargo tan rigurosa, que nos esté prohibido detenernos de tiempo en tiempo ante alguna de las obras importantes y aisladas de la clasificación general que encontramos al paso.

De este modo pues, al atravesar el corredor que conduce de la galería de los Muebles á la del Material de las Artes liberales, hemos hecho alto ante la grande y poética composición cuyo dibujo publicamos, y que su autor, M. Enrique Dufresne, ha colocado bajo el nombre de *Copa de la Voluptuosidad*, á dos pasos de los espejos de Saint-Gobain, y casi á la entrada del salon de Bellas-Artes.

Casi tan ancha como alta, y toda de acero revestida de incrustaciones de oro, guarnecida de ocho figuras de plata, dos en lo alto de la tapa y tres en el cuerpo, con otras tres sentadas en el pié, la Copa de la Voluptuosidad no es de arriba abajo mas que el desarrollo alegórico, bajo el punto de vista mitológico y bíblico á la vez de la idea, comun al arte pagano como al arte cristiano, que la voluptuosidad produce la muerte.

Desde luego lo indica así el grupo que hay en lo alto: un joven se muere á las caricias de una cortesana que le embriaga con uvas y con pámpanos, y que puede ser ya la personificación de la voluptuosidad homicida, — *Voluptas homicida*, — cuyo nombre esmalta los arabescos de la tapa, ya alguna de las seis ilustraciones del vicio en la antigüedad, cuyos nombres se leen en torno de los bordes de la copa: Mesalina, Aspasia, Cleopatra, Phyrné, Herodías y Dálila.

Bajo la copa cuelgan reunidas entre sí por serpientes tres figuras de mujeres, el Orgullo, la Lujuria y la Gula; y unas cabezas de carnero recuerdan el culto inmundado de Baal, Moloch y Vénus Astarté. A sus piés se hallan, en la actitud de la postración y la desesperación, las tres grandes victimas de esas mismas pasiones, Antico roído de gusanos, Baltasar embrutecido por la embriaguez, y finalmente, Samson ciego, encadenado y bajo el peso de su dolor y su vergüenza.

La belleza singular de este trabajo, donde el carácter grandioso de las figuras de hombres se combina con las formas mas suaves de las tres mujeres; la finura de las incrustaciones, la exquisita elección de los arabescos, la inteligencia de un cincelado cuya delicadeza no enerva ningun detalle y deja á la escultura todos sus vigores de anatomía y de expresión; por último, la armonía que se desprende de todo este conjunto, hacen de la Copa de la Voluptuosidad una de las primeras curiosidades artísticas de la Exposición, y con asombro nos preguntamos por qué no figura en el grupo de las Bellas-Artes.

Sin embargo, al encontrar en la clase 34, á la cabeza de la maravillosa glyptoteca de la Instrucción pública, las demás piezas de la exposición de M. Dufresne, colocadas lo mas lejos posible de su copa; al ver ocupada por un mono que toca el violin, figura principal de un trofeo de juguetes mecánicos, una rotonda en que esta obra maestra habria sido un centro digno de su autor, nos explicamos esta solución de continuidad que corta tan desagradablemente en dos un conjunto de productos de primer orden.

Estatuario, joyero, ataujiador y grabador, M. Dufresne tiene notables muestras de todas estas industrias que ejerce, segun nuestras noticias, mas bien como aficionado que como hombre del oficio: un bajo-relieve griego; dos calabazas de plata, Rebeca y Eliezer en la una,

y en la otra la casta Susana; armas ataujiadas de un trabajo precioso, escudos, joyas, espejitos de mano, escopetas, brazaletes, etc. Inventor de un nuevo método de ataujiar (*auratura damascena*), M. Dufresne expone igualmente las muestras de un sistema de dorado y plateado cuya solidez tiene por corolario la ausencia de todo peligro en la aplicación del mercurio. P. A. R.

Concurso universal de horticultura.

Un célebre horticultor belga muy conocido no solo de los especialistas, sino tambien del público de su país, que honra con su talento y su carácter, M. Linden, el intrépido viajero, que durante doce años ha recorrido las selvas vírgenes de todas las comarcas del globo, en busca de lo desconocido que se llama: las plantas nuevas, acaba de obtener en Francia un triunfo extraordinario.

En la tercera serie de concursos que acaba de abrirse para la sección de horticultura de la Exposición universal, se habia dado ancho campo á las plantas de nueva introducción. Entre todos los campeones, dos principalmente llamaban la atención, dos que habian presentado productos nunca vistos, los señores Linden, de Bruselas, y Veitch, de Chelsea, cerca de Londres.

El jurado, que se componia de celebridades hortícolas y botánicas de todos países, titubeó largo tiempo, y por fin, M. Linden se llevó el primer gran premio en el concurso mas importante llamado de las seis plantas nuevas.

En primera línea de estas bellísimas novedades, que casi todas quedarán en los invernáculos como plantas selectas de ornato, citaremos las siguientes:

1º *Dichorizandra musaica*. — *Dichorizandra* de hojas en mosaico. Hermosísima planta de hojas ovaladas, verde negro, recorridas por estrias transversales unidas á zonas concéntricas, y dispuestas como mosaicos blancos sobre fondo verde. Bellísimas flores en espiga azul de centro blanco. Perú, 1866.

2º *Commelinea* del Ecuador, planta sin nombre aun, y para la cual proponemos el de *Commelyna Lindenii*, en honor del introductor. Espléndida especie que parece una gigantesca Bromiliacea.

3º *Ficus dealbata*. — Higuera plateada (del Perú, 1867). — Magnífico árbol de anchas hojas ovaladas, adelgazadas en los dos extremos, cubiertas por debajo de una seda plateada, y brillante sobre todo antes de la edad adulta. Bellísima higuera de invernáculo.

4º *Bignonia ornata*. — *Bignonia* adornada (de Rio Negro, 1866). — Preciosa enredadera de hojas ovaladas agudas, verde satinado, de colores delicadísimos.

Maranta princeps. — El príncipe de las Marantas (del Perú, 1866). — Una de las mas bellas entre las veinte y cinco nuevas especies que acaba de introducir M. Linden. Notable por su zona plateada, bien clara, en el centro del limbo, verde oscuro.

Aun deberíamos citar otras riquezas expuestas por M. Linden; pero usurparíamos el derecho de otros expositores, que ellos tambien han presentado hermosas plantas nuevas, las cuales, por falta de espacio, no pueden enumerarse aquí con las felicitaciones que se les deben. E. A.

El desafío.

(Conclusion.)

— Amigos míos, dijo entonces Trevor con mucho despego, se ha hecho, á mi entender, mucho ruido por nada; mas ya que la cosa ha llegado á este punto, ya que esta discusión está tan empeñada, ya que me hallo precisado á decir lo que pienso, no hay aquí, á lo menos así lo creo, quien tenga derecho para disputarme una preferencia que yo he conquistado. El guerrero que tengo por rival (y esforzó estas palabras de un modo muy señalado, confesará tambien que la bella María me ha conferido el título y las funciones que yo aquí reclamo. No hay duda alguna que el capitán *** tiene una mirada penetrante, un ademán soberbio, y un tono seductor.

— Trevor, exclamó el capitán encolerizado, no seas insolente.

— ¡Insolente! ¿qué significa esa palabra? ¿quiereis armar una pendencia, capitán? No, no lo creo. ¿Quizás he soltado alguna palabra que ha podido disgustaros? no ha sido tal mi intención. De veras me afligiria esto ciertamente. En cuanto á la niña de que se trata, permitidme, caballeros, reclamar de nuevo la satisfacción y el derecho de ser aquí su representante. Sí, capitán, á despecho de vuestra sombría mirada y de vuestro aire amenazador, tendré la osadía de tomar la palabra en nombre de mi linda sílfide y de dar por ella gracias á esta selecta reunión que acaba de proponer un brindis á su salud.

Trevor habia mezclado con bastante destreza la chanza, la ligereza, el buen humor, y hasta la afabilidad en este discurso. Yo confiaba que el capitán se calmaria; pero en vez de seguir el ejemplo que le daba su rival, exclamó con voz trémula de ira:

— Os equivocais, Trevor; os juro por mi honor que os equivocais; sabéis vos la contestación que me ha dado la joven María, cuáles son sus secretos sentimientos; sabéis si, en lugar de aceptar vuestros obsequios con satisfacción, los ha sufrido mas bien como una mortificación forzosa.

— ¡Esto es una ridiculez! Al día siguiente volví á ver á María por la mañana, y os puedo asegurar...

— ¡Al día siguiente! ¿vos la habeis visto al día siguiente! ¿qué motivos podian ser los vuestros?

— Yo no os debo dar cuenta de mis acciones... Yo soy, añadió (apurando otro vaso de vino, que despues de muchos que habia bebido acabó de quitarle el conocimiento de sus palabras y acciones), yo soy dueño de presentar mis homenajes á María; ¡tanto peor para aquellos que lo lleven á mal!

Su rostro se cubria de un encarnado ardiente, su voz trémula descubria los progresos de la embriaguez. En vano procuraban sus amigos detenerle; se levantó bamboleando y perturbado manifiestamente por los vapores del vino.

— María ha recibido mi declaración, y yo la suya; os lo manifiesto, capitán, para quitaros todo empeño de continuar esta discusión. Digo pues...

Se levantó un murmullo general contra Trevor, á quien únicamente podia disculpar el estado en que se hallaba.

— Trevor, repuso su adversario, habeis obrado con mucha bajeza; esa conducta es de villanos; y continuó con voz interrumpida y concentrada: no puedo contenerme; ya no puedo... ¿Quereis quitar la reputación á aquel ser inocente y débil? y yo, que os he escuchado con indignación... declaro á la faz de todos mis amigos reunidos, que sois... ¿lo ois? ¿qué sois un cobarde!

Esforzó la voz en esta última palabra, que pronunció pausadamente. Reinaba en la sala el mas profundo silencio.

— ¡Cobarde! respondió Trevor, cuya voz se habia vuelto mas grave y cuya cara habia perdido el color; ¡me acusais de bajeza y me llamais... cobarde!

Levantóse entonces con el vaso en la mano, y cuando estuvo enfrente del capitán, repitió esta palabra ¡cobarde!

— Si, yo lo he dicho, contestó el otro con voz firme.

— Sabed que me debeis una satisfacción.

El capitán se incorporó en su asiento y fijando en Trevor una mirada intrépida:

— En mi vida he dicho una palabra de que deba sonrojarme ó cejar; no lo esperéis ahora de mí.

— Ni vos esperéis tampoco, repuso Trevor echando al capitán un vaso lleno de vino, que os pida perdon por este insulto.

El vaso, rompiéndose, magulló y ensangrentó toda la cara del capitán, la mayor parte del líquido cayó sobre mí. Todos los concurrentes se levantaron, no se oían mas que gritos confusos, exclamaciones incoherentes, que se cruzaban de todas partes; tan solo los dos adversarios permanecian tranquilos en medio de aquella tumultuosa escena. El capitán enjugaba sosegadamente las manchas de vino de que estaba lleno su chaleco. Trevor, con los brazos cruzados é inmóvil, conservaba la misma actitud que habia tomado, y su rival se adelantó desde luego al amo de la casa, y le dijo en voz baja:

— Querido F***, traed pistolas y terminemos al momento esta leve diferencia. Mi amigo, el capitán V*** cuidará de lo demás.

— Sosegaos, querido amigo, contestó lord F*** muy conmovido; todo esto es un absurdo. ¿Quereis transformar mi casa en teatro de homicidios y por una disputa de mesa? ¡Qué locura! Vamos, daos la mano y sed amigos; los hombres de honor como vosotros....

— Vos sabéis tambien como yo, replicó el capitán, que lo que me pedis es imposible. Capitán V***, hacedme el favor de traer las pistolas; las encontrareis en el tiro de su señoría. Pero, al caso, continuó: ¿no seria mejor que nos trasladásemos á la misma galería donde se encuentran las armas? Me parece seria lo mas acertado.

El capitán, que habia ya en el trascurso de su vida presenciado algunos de aquellos actos, hablaba de todo aquello con una frialdad admirable.

Muchos de aquellos atolondrados que ocupaban la sala y que habian bebido bastante vino, exclamaron:

— Y bien; que se concluya de una vez; es un negocio que se puede arreglar en pocos momentos. ¡Las pistolas! ¡Las pistolas!

Un primo de lord F***, un joven enteramente desatinado, les interrumpió gritando:

— Sí, es fuerza que peleen: no hay la menor duda.

— Maldita sea aquella muchacha, por quien dos honrados jóvenes se van á matar en mi casa, exclama lord F***; maldito sea el instante en que este absurdo debate ha empezado. Querido Trevor (y se adelantó al grupo donde se encontraba), os lo pido, os lo suplico, hacedme el favor de salir de mi casa. Que jamás se diga que el homicidio haya terminado el convite que daba á mis amigos. ¿Es esta una disputa que no puede terminarse sin efusión de sangre? ¡Vamos, voto á!... es preciso, venid, Trevor, venid conmigo.

Le habia asido del brazo y le apartaba del lado del capitán. « Os lo agradezco, decia Trevor; pero todos vuestros benévolos esfuerzos son inútiles. Es imposible terminar esto de otro modo que con un combate, y así saldremos mas pronto, esto será lo mejor. Mi amigo lord P. será mi padrino; tendrá la bondad de encargarse de todo lo necesario. Vamos, dijo á lord P., es ya

tiempo, el capitán V*** os aguarda; id á reuniros con él, os lo pido.

Uno de los espectadores se arrimó á Trevor, y le dijo que el capitán estaba tan seguro de su tiro, que su bala á diez toesas de distancia partía en dos pedazos un chelín.

— Ciertamente, exclamó Trevor; no me queda mas que hacer testamento; es negocio concluido.

Dejó á sus amigos y se fué á encontrar al capitán, que estaba conversando con algun calor con otros oficiales en un rincón de la pieza. Trevor le alargó la mano, y el capitán frunciendo las cejas é inmóvil se volvió y guardó silencio.

— Capitán, le dijo Trevor, se dice que el hombre á quien vos apuntáis es un hombre muerto.

— ¡Y bien!

— No ignorais que soy miope, poco habituado al tiro de la pistola, y no muy diestro naturalmente.

Un sordo murmullo se levantó en la asamblea. — ¡Qué! me dijo mi vecino, ¡Trevor retrocede, Trevor busca fugios! ¡Me admira! El capitán, en cuyo rostro se veía pintada una curiosidad mezclada de sorpresa y menosprecio, calló por algunos momentos.

— ¿A dónde queréis que vayamos?

— Lo vais á saber. No es justo que nuestras armas sean desiguales. ¿Pensais acaso que consentiré en quedarme aquí, en pié, delante de vos y recibir el balazo sin poderlo volver? No, señor, vos habeis querido que tenga lugar este combate, lo han causado vuestra locura y vuestras palabras. Nosotros nos batiremos cara á cara, frente á frente, pecho contra pecho, pistola contra pistola, á boca de jarro y á lo largo de la mesa. Si, señores, (y esforzó su voz de una manera furiosa); nosotros caeremos juntos, moriremos juntos, y juntos iremos al diablo.

— ¡Es horrible, es infame, es infernal! Y estas palabras se oyeron de todas partes y se propagaron como un eco. Nosotros no seremos testigos de este execrable combate. No queremos siquiera oír hablar de él. ¡Esto es una carnicería, y no un duelo! Siete ú ocho personas salieron de la sala. El capitán nada respondió. Consultaba á sus amigos y aguardaba que su cordura hubiera decidido lo que debía hacer.

— Ahora, dijo Trevor, ¿cuál es el cobarde?

— Al momento lo sabreis todo. Vuestras proposiciones son de un hombre feroz. Quereis un homicidio y un doble homicidio; ¡bien! lo tendreis; pero ¡que la maldición que acompaña al asesino caiga sobre vos! Dos familias os echarán en cara la muerte de sus dos únicos hijos. Lo acepto.

Las megillas del capitán eran de un color de ceniza, pero ninguna vacilación se notaba en su lenguaje.

— ¿Están prontas las armas? preguntó Trevor, sin atender á lo que le decía el capitán.

Contestaron que los dos padrinos habian salido para prepararlo todo. Se acordó que se batirían en la galería destinada al tiro y situada al extremo del parque, á alguna distancia del cuerpo del edificio principal. En vano se esforzaron los espectadores en hacer comprender á los antagonistas cuán bárbaro y espantoso era su desafío. Aun mas, dos de ellos se separaron, y montaron á caballo para ir á avisar á la policía. Lord F*** corrió tambien al lugar donde debía celebrarse el combate, y participó á los dos padrinos la resolución que acababan de tomar Trevor y el capitán. Entrambos tiraron con indignación las pistolas que habian empezado á cargar, y exclamaron que ellos no querían entrometarse en un negocio tan poco digno de hombres de honor y que, á su modo de ver, no era sino un doble asesinato premeditado. Sin embargo, acogieron alegremente el proyecto que les comunicó lord F***; cargaron con pólvora las dos pistolas, y convinieron en que las pondrían en manos de los dos adversarios como si lo hubiesen hecho con bala. Colocaron dos bugías sobre la mesa, y en aquel instante entraron Trevor y su rival. Parecían estar impacientes de darse la muerte.

— ¿Teneis, me dijo uno de los concurrentes, los vendajes é instrumentos necesarios?

— Hagan su deber nuestras armas, interrumpió Trevor, y no tendremos necesidad ni el uno ni el otro de vendajes.

Como yo nada tenia de cuanto se requiere en semejantes circunstancias, se dió el orden á un criado de montar á caballo é ir á pedir prestados á un cirujano que vivía allí cerca, los instrumentos y aparato que me hacían falta. ¿Estais dispuesto, Trevor? preguntó á este último uno de los amigos del capitán.

— Yo lo estoy.

Se colocaron los enemigos uno frente al otro. Yo temblaba aguardando el resultado que tendría nuestra estratagema: mis ojos no podían separarse de los dos adversarios. Seguía con ansiedad todos sus movimientos. Sus músculos tendidos, su cara descolorida é inmóvil, su mirada fija, su fisonomía solemne, sombría, resuelta; su frente tranquila y sus párpados caídos les daban un carácter aterrador y casi sublime.

— ¿Quién nos dará la señal? preguntó el capitán en voz baja. En esta clase de desafíos el que dispara un segundo antes que su adversario es un asesino.

El cirujano á cuya casa habia ido el criado, llegó en aquel instante. Vos dareis la señal, le dijeron. Cubrió sus ojos con las manos.

— Vamos, exclamó Trevor; tardais ya demasiado.

El capitán y Trevor apretaron la mano á todos sus amigos, y asomó á sus labios una triste sonrisa. Adelantóse el cirujano con los ojos cerrados y dijo con voz trémula.

— Levantad las pistolas.

El cañon de estas armas tocaba al pecho de los dos adversarios.

— ¡Cuando haya contado tres, disparareis!...

— Una... dos... tres...

El choque les hizo retirar dos ó tres pasos, y sus amigos se precipitaron sobre ellos.

— ¿Qué es esto? gritaron los dos á la vez. Esto es hacer burla de nosotros. ¿Cuál es el insolente que ha querido engañarnos como débiles niños? Estas pistolas no llevaban bala.

Lord F*** y los padrinos explicaron á los dos enemigos la estratagema de que tanto esperaban y no produjo ningun resultado. Fué en vano el repetirles que bastante habian probado su valor, que la mancha hecha á su honor quedaba lavada, y que era necesario reconciliarse. Trevor, con los dientes tan apretados que parecía iban á romperse en el arrebato de su ira, gritó:

— ¡No! ¡No! Esto no será.

— El remedio es muy fácil, dijo el capitán; allí hay dos puñales colgados del artesonado; ambos son iguales; ¡escoged!

Trevor cogió el suyo con violencia.

— No se nos engañará mas; ¡en guardia!

Se veían pintadas en su vista la venganza y una infernal sed de sangre. Permanecimos allí mudos de horror. Los puñales brillaban; apenas podia uno seguir sus rápidos movimientos con la vista. Era arduo decidir cuál de los dos mostraba mas destreza, tanta prontitud daba á sus ataques el furor que les animaba. Uno de ellos cayó; era el capitán; su corazón estaba pasado de parte á parte. Se apoyó la mano á la herida: «¡Ah! ¡Dios mío!» exclamó, y sus ojos se cerraron. Trevor cayó de rodillas delante de su adversario; su rostro estaba agitado de movimientos convulsivos; sus facciones desencajadas respiraban el espanto; sus manos juntas se apretaban con violencia la una contra la otra.

— ¿No es esto un sueño? exclamó.

Trevor viajó mucho, jamás volvió á ver á la jóven María, no se casó, y murió lejos de su país. Esta escena de feroz coraje está aun presente en mi memoria como un ensueño cruel, como una horrible pesadilla, mas bien que como uno de los hechos de mi vida real.

M. DE F.

Intriga y furor.

Siempre que he visto una actriz hermosa y popular, he solido hacer esta reflexion: ¡A cuántos jóvenes de los concurrentes á la comedia deberán estas mujeres alucinar, y á cuántos corazones sensibles trastornarán la cabeza! La exactitud de este modo de pensar fué demostrada por un caso puesto á mi cuidado hace algunos años, y que ahora refiero por considerarle fecundo en interés é instruccion; pues hará palpable como un espíritu fuerte y bien cultivado puede ser rendido por su condescendencia con pasiones desenfrenadas.

Tarde, y en una noche de noviembre, fui llamado apresuradamente para visitar á un caballero que moraba en uno de los paradores de *Covent-Garden*, advirtiéndose en una nota que se habian manifestado síntomas de desvario. Como en tales casos no hay que perder tiempo, me dirigí velozmente al parador, adonde llegué sobre las nueve. El dueño me dió algunos informes preliminares acerca del paciente para quien yo era llamado, de los cuales, así como de los datos que en seguida recogí del mismo sugeto y de otros, enteraré ahora al lector, antes de introducirle en el aposento del enfermo.

M. Warringham, cuyo nombre puede servir para designarle en toda esta narracion, era un jóven de considerables bienes de fortuna, de una familia algo distinguida, y miembro del colegio de *** en Cambridge. Su personal y ademanes eran caballerescos, y su semblante, sin poseer ninguna tendencia al carácter de hombre bonito, denotaba un espíritu enérgico é instruido. Se habia entregado latamente á los devaneos y disipaciones del colegio, pero conocia muy poco ó nada lo que se denomina *vida de corte*, cuya circunstancia puede claramente explicar mucha parte de la sencilla y extravagante conducta que voy á exponer. Desde su juventud habiendo sido excesivamente acostumbrado á la pronta satisfaccion de cuantos deseos podia formar, el mas leve obstáculo bastaba para irritarle hasta el frenesí. Su temperamento era muy ardiente, su imaginacion vivificante y activa; en una palabra, pasaba en todas partes por lo que realmente era, por un hombre de provecho, al corriente de la culta literatura, y con especialidad versado en los escritores dramáticos. Unas dos semanas anteriormente al dia en que se me buscó para él, habia llegado del colegio á visitar á una señorita con quien estaba comprometido; pero encontrándose inesperadamente con que habia marchado á París, resolvió pasar en Londres todo el tiempo que se habia propuesto, y disfrutar de todas las diversiones de la ciudad, particularmente de los teatros. La noche del dia en que llegó al parador, fué á *Drury Lane* para ver una tragedia nueva y popular en extremo. Vió en el sainete á la señorita ***, artista consumada y hermosísima, cuya fascinadora naturalidad y el interesante carácter que desempeñaba aquella noche dejaron enteramente postrado al pobre M. Warringham, en medio de una turba de adoradores, á los piés de esta «Diana de los Efesios.»

Sabedor de que representaba otra vez la noche siguiente, tuvo cuidado de tomar el palco del foro, y se

imaginó que habia logrado atraer su atención. Creyó que varias veces, durante la representacion, habia ella puesto sus ojos en él, apartándolos inmediatamente con un aire de confusion y embarazo, sentidos conocidamente por el intenso y apasionado mirar que habia encontrado. Esto fué suficiente para encender el conjunto de las susceptibles sensaciones de M. Warringham, y su corazón todo quedó instantáneamente hecho una llama. La señorita *** cantaba en aquella noche una de sus piezas predilectas, aria hermosa y exquisitamente patética; de modo que M. Warringham, casi frenético, aplaudió con aturridora vehemencia, y despues de haber cesado el clamoreo general del teatro, prosiguió tanto tiempo gritando *otro... otro*, que por un instante altrajo las miradas de todos á su palco. La señorita ***, por un mero efecto natural, no pudo dejar de reparar en semejante conducta, y le miró de un modo que él tomó por aire satisfecho. Trémulo de excitacion é irritabilidad nerviosa, apenas pudo M. Warringham permanecer sentado el resto de la funcion, y al momento en que el telon cayó, corrió á la puerta del vestuario, determinado á esperar y ver la despedida de la actriz, con ánimo de hablarla si era posible. Luego la vió acercarse á la puerta, yendo cuidadosamente tapada con capa, velo y sombrero, y apoyándose en el brazo de un hombre de aspecto militar, que la condujo á un gracioso faetonte. Entonces descubrió en él al muy conocido capitán ***. ¿Será creible que este jóven entusiasta se puso de un salto en la zaga del coche, que contenia el objeto de su idolatra homenaje, sin apearse hasta que paró delante de una casa grande en los arrabales de Occidente, y que este acto absurdo se realizó en medio de la incesante caída de una lluvia sutil y penetrante?

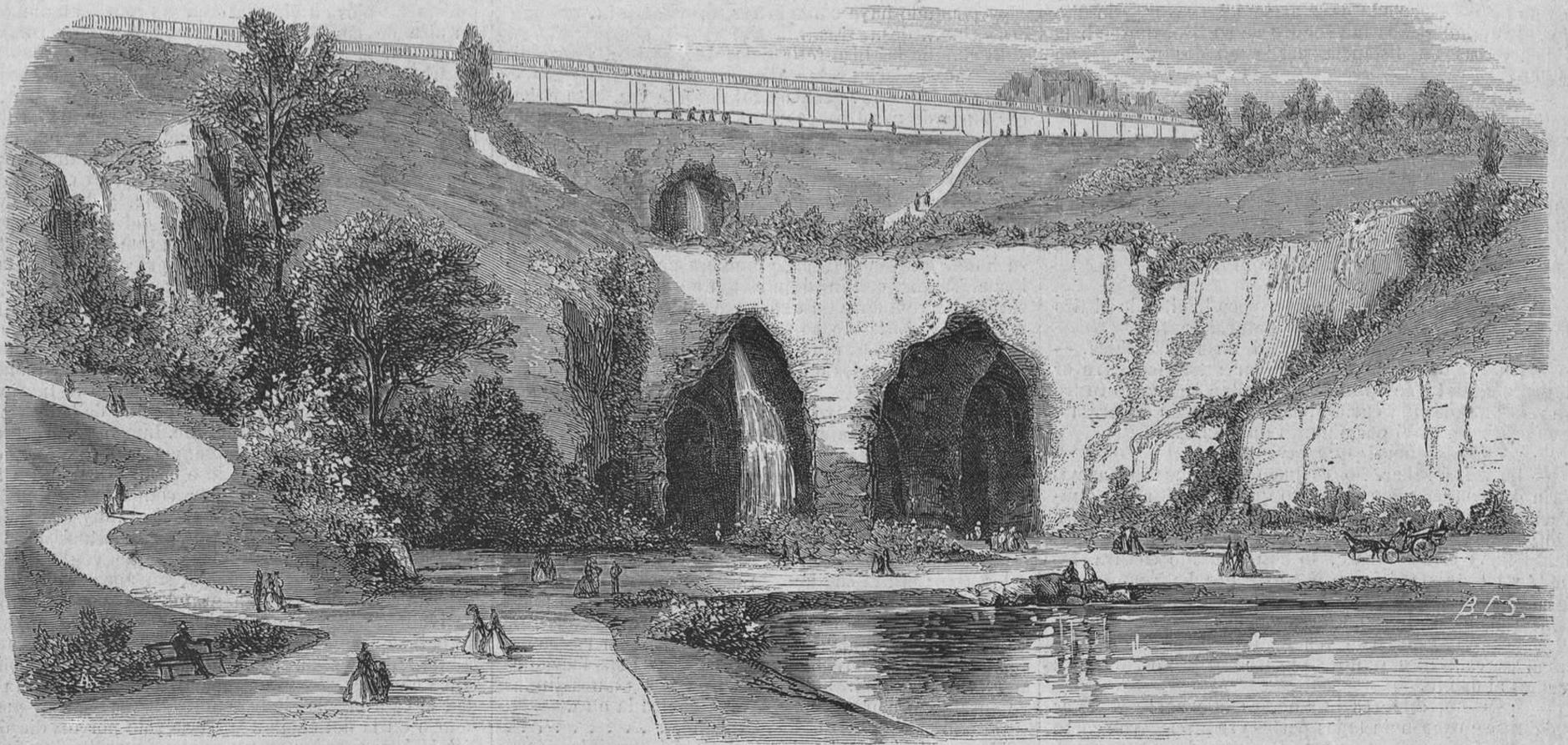
Fué enterado por el lacayo, á quien cohechó mediante cinco chelines, de que estaba en otra parte de la ciudad la casa propia de la señorita ***, y que su permanencia en la del capitán *** seria solo por un dia ó dos. Volvió á su parador en un estado de excitacion indecible. Aquella noche, como es de inferir, durmió poco; por la mañana, la primera cosa que hizo fué despachar su criado con orden de establecerse en alguna hostería que diese vista á la casa de la señorita ***, y regresar al parador tan luego como viese entrar en ella á su criada ó á cualquiera otra persona.

Aun no eran las siete cuando le vino recado de que nadie sino la criada de la señorita *** habia entrado, y por los periódicos supo que esta representaba otra vez aquella noche. Aunque harto le constaba la especie de intimidad que reinaba entre la señorita *** y el capitán, su fervorosa pasion se acrecentaba con los nuevos obstáculos. Sin embargo de estar seriamente indispuerto con un arrebató de sangre á la cabeza, proveniente de la perpétua excitacion de su ánimo, y del intenso frio cogido al recibir la lluvia de la noche precedente, se vestía para ir al teatro, cuando con gran mortificacion suya, pasando casualmente el médico amigo que le visitaba, le vedó expresamente salir del cuarto, ordenándole recogerse en cama, y tomar algunos remedios en vez de las perturbadoras escenas del teatro. A la mañana siguiente, se halló aliviado de los mas urgentes síntomas, y trayéndole su criado la noticia de haber últimamente observado la entrada de la señorita *** en su casa sin otro acompañamiento que la doncella, le despachó M. Warringham con una multitud de apasionados versos bajo una mera carpeta. Confiaba que algunas sagaces alusiones le darian regularmente cierta luz para venir en conocimiento del autor de aquellos, especialmente si á la noche conseguia ser visto por ella en el mismo palco que habia ocupado la vez anterior; pues estaba resuelto á no perder la representacion, á pesar de las amonestaciones del médico que le asistia. Encontró para su mayor tormento que el palco deseado habia sido ya tomado anticipadamente por una familia reunida; y ¿quién lo creeria? al punto le ocurrió la idea de averiguar quiénes eran, para inducirlos á cedérselo. Pero como era consiguiente, habiendo sido vana su tentativa, vióse precisado á contentarse con el palco fronterizo de la misma fila, del que tomó posesion al momento de abrirse las puertas.

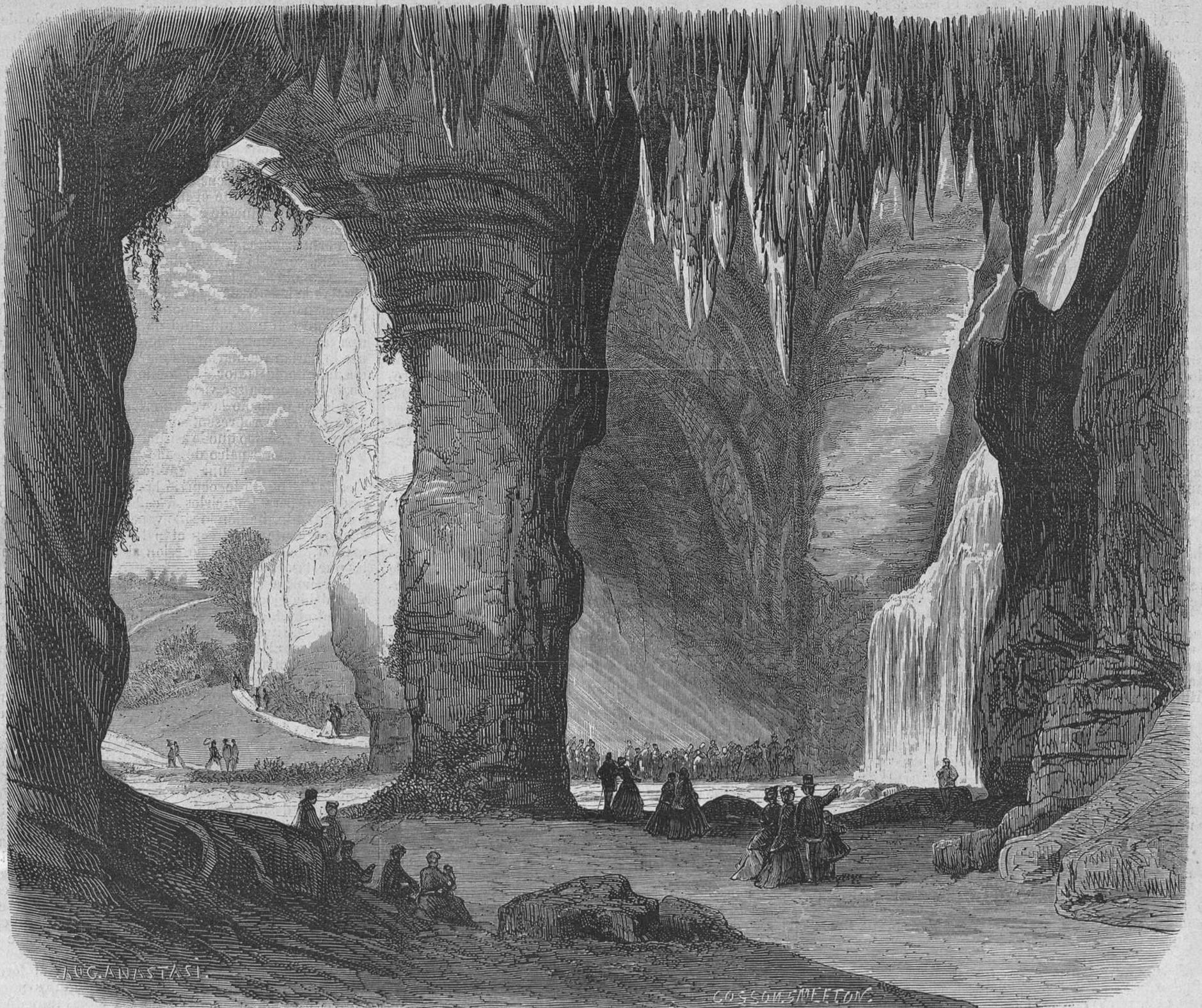
La señorita *** salía aquella noche solo en una pieza, pero debía ejecutar en el decurso de ella algunas de sus mas admirables cantatas. Su traje reunia á lo pintoresco un delicadísimo gusto, y con tal estudio que traducía las formas al exterior con peregrina ventaja. En un lance particular de la comedia, cuando M. Warringham, al través del desmayado brillo de las luces del pavimento, observó á la señorita *** elevarse de un romántico valle, con manto en los hombros, cubierta la cabeza con un birrete de terciopelo, sobre el cual ondeaba una pluma de avestruz, mientras que sus cabellos esparcidos en sueltos bucles descendian hasta sus megillas hermosas; cuando vió aquel aire tímido y alarmado que su papel requería, la dulce y lánguida expresion de sus ojos al tiempo de deslizarse como huyendo de un perseguidor; cuando por último, avivadas las luces, fué reproducido el primer resplandor, dejó ella caer el manto que la habia tenido envuelta, y como una trasformada mariposa se descubrió en toda su belleza al concurso absorto, vestida en un traje que, sin ser materialmente deshonesto, habia sido trazado de modo que despertase los pensamientos mas voluptuosos; cuando pues el incauto M. Warringham vió todo esto, quedó enteramente avasallado.

Un poco antes que dejase la señorita *** el foro, el asunto de la pieza requería que por algunos minutos estuviese de pié en el sitio de las tablas inmediato al palco de M. Warringham.

(Se continuará.)



EL NUEVO PARIS. — Parque de los cerros Chaumont: Vista exterior de las grutas de la Cascada.



La Cascada en el interior de las grutas. — (Véase el artículo en el número 731.)

TIPOS ORIENTALES, POR M. A. BIDA.



Tienda en Constantinopla.



Café en el Bósforo.



Barbero armenio.



Mujeres turcas en un cementerio.

Oliverio.

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR CARLOS DICKENS.

(Continuacion.)

III.

Después de haber cometido el imperdonable crimen de pedir doble ración, Oliverio permaneció durante ocho días estrechamente encerrado en el calabozo donde le habían arrojado la misericordia y sabiduría del consejo administrativo. Fácil es comprender desde luego, que si el chico hubiese acogido con respeto la predicción del señor del chaleco blanco, hubiera podido confirmar de una vez para siempre la reputación profética de aquel sabio administrador, con solo sujetar una de las puntas de su pañuelo á un clavo de la pared y suspenderse de la otra.

Pero existía un obstáculo para la ejecución de este proyecto, y es que, por una orden expresa del consejo, firmada, revisada y sellada por todos los miembros, se había prohibido á los pobres del hospicio el uso de los pañuelos, por considerarlos un objeto de lujo. La tierna edad de Oliverio era también otra dificultad, y así es que se contentó con llorar amargamente durante días enteros. Al llegar las largas y tristes horas de la noche, cubriase los ojos con las manos para no ver la oscuridad, y se agazapaba en un rincón á fin de conciliar el sueño; y otras veces, despertábase sobresaltado y temblando, y se pegaba á la fría y dura pared de su calabozo, como si buscara en ella una protectora contra las tinieblas y la soledad de que se veía rodeado.

Y no crean los enemigos del Sistema, que durante su prision se privase á Oliverio de las ventajas del ejercicio, del placer de la sociedad, ó de los consuelos de la religión. En cuanto á lo primero, como el tiempo era hermoso y frío, se le daba permiso para lavarse todas las mañanas con el agua de la bomba que había en el patio, en presencia del señor Bumble, quien, para impedir que se constipara, activaba en el chico la circulación de la sangre por medio de frecuentes bastonazos. Por lo que hace á la sociedad, llevábanle todos los días al refectorio de los niños, donde se le administraba una dura corrección para el buen ejemplo y edificación de los demás; y últimamente, como consuelo religioso, hacíanle entrar á patadas todas las noches en la sala, llegada la hora de rezar, y se le permitía oír la oración de sus compañeros, corregida y aumentada por el consejo, en la cual recomendábase la virtud, la docilidad y la obediencia para preservarse de las faltas y vicios de Oliverio Twist, que era un hijo de Satanás patrocinado por el diablo.

En tanto que los asuntos de Oliverio tomaban este giro favorable y ventajoso, sucedió que una mañana, un tal Gamfield, deshollinador de oficio, pasó por la calle atormentando su imaginación para saber cómo pagaría varios meses de alquiler, por los cuales le apuraba mucho el casero. Por más cálculos que hacía, no le era posible llegar á reunir la cifra de cinco libras esterlinas que necesitaba, y en su desesperación golpeábase la frente, pegando al mismo tiempo á su borrico. Al pasar por delante del hospicio fijáronse sus miradas en el anuncio que había en la puerta.

— ¡So, so! dijo Gamfield á su pollino.

Pero el borrico estaba en aquel momento muy distraído, preguntándose sin duda si le darían para su almuerzo dos ó tres tronchos de berza cuando le descargasen de dos sacos de sebo que arrastraba en una carreta; así es, que sin hacer caso de las palabras de su amo, continuó su camino.

El buen Gamfield dirigió á su cuadrúpedo un terno de los más enérgicos, y corriendo tras él, aplicóle sobre la cabeza un golpe capaz de romper cualquier cráneo que no fuese el de un asno. Cogiendo después la brida, sacudióla rudamente hasta hacerle permanecer quieto, y una vez conseguido esto subióse sobre un poste para leer el anuncio fijado en la puerta del hospicio.

El señor del chaleco blanco, que estaba á la puerta, había presenciado la reyerta de Gamfield con su burro y sonrió con satisfacción al ver al hombre acercarse á leer el anuncio, porque comprendió que aquel era el amo que convenía á Oliverio.

Gamfield sonreía también según iba recorriendo los renglones del anuncio, pues cinco libras esterlinas eran precisamente las que necesitaba, y en cuanto al chico de quien iba á encargarse, pensó que según el régimen del hospicio bien podría meterse en el cañón de una estufa. Volvió á leer el anuncio, sílaba por sílaba, y llevando respetuosamente la mano á su gorra abordó al caballero del chaleco blanco.

— ¿Hay aquí un chico que desea la parroquia ceder para aprendiz? preguntó Gamfield.

— Sí, buen hombre, contestó el del chaleco blanco con una benévola sonrisa. ¿Qué le quereis?

— Si la parroquia desea que aprenda un oficio muy agradable, como por ejemplo el de deshollinador, dijo Gamfield, necesito un aprendiz y estoy dispuesto á encargarme del chico.

— Entrad, dijo el señor del chaleco blanco.

Gamfield, después de dar á su asno un golpe en la cabeza y otra sacudida como por vía de precaución para que no le diese la humorada de marcharse, siguió al

del chaleco blanco á la sala donde Oliverio había visto al caballero la primera vez.

— Es un oficio muy sucio, dijo el señor Limbkins cuando Gamfield hubo reiterado su petición.

— Muchos niños se han ahogado en las chimeneas, murmuró otro señor.

— Eso consiste en que se mojaba la paja antes de encenderla, para hacerlos bajar, dijo Gamfield; de este modo se produce humo en vez de llama, y aquel no llena el objeto, pues no hace más que adormecer á los chicos, que es justamente lo que ellos quieren. No hay nada mejor que una buena llama para obligarles á bajar volando, en atención á que, viéndose cogidos en la chimenea, se dan más prisa para salir del paso al sentirse tostar la planta de los pies.

Esta explicación pareció divertir mucho al señor del chaleco blanco; pero una mirada grave de Limbkins puso fin á su alegría. El consejo procedió á deliberar durante algunos minutos, mas en voz tan baja, que solo se oyeron estas palabras:

— Seamos económicos; esta es la ocasión de publicar un buen informe.

Al fin aquella conversación en voz baja tuvo un término, y habiendo vuelto los miembros del consejo á ocupar sus asientos y su actitud majestuosa, el señor Limbkins tomó la palabra y dijo:

— Hemos examinado vuestra petición y no podemos acceder á ella.

— La rechazamos completamente, dijo el señor del chaleco blanco.

— Sin vacilar, añadieron los demás miembros.

Gamfield quedó admirado, pues fundándose en la opinión que tenía formada acerca del tratamiento que recibían los chicos en el asilo, no comprendía que los administradores rechazasen su oferta. Dando mil vueltas á su gorra, alejóse lentamente de la mesa, y al llegar al dintel de la puerta exclamó:

— ¿Conque es decir, señores, que no quereis darme-me?

— No, contestó Limbkins; ó cuando menos, como el oficio es muy sucio, nos parece que la recompensa ofrecida debería disminuirse.

El semblante de Gamfield brilló de alegría; acercóse de nuevo á la mesa y repuso:

— ¿Cuánto me dareis, señores? Veamos, no seais demasiado exigentes con un pobre hombre; ¿cuánto me dareis?

— Me parece que sería bastante tres libras y diez chelines, repuso Limbkins.

— Y aun el pico sobra, añadió el del chaleco blanco.

— Vamos, dijo Gamfield, pongamos cuatro libras, señores; ¡cuatro libras, y quedais desembarazados para siempre del chico! ¿Está dicho?

— Tres libras, diez chelines, repitió Limbkins con firmeza.

— ¡Ea! señores, partamos la diferencia, dijo Gamfield insistiendo; sean tres libras y quince chelines.

— Ni un óbolo más, exclamó Limbkins.

— Sois inexorables conmigo, dijo Gamfield vacilando.

— ¡Bah, bah, tontería! exclamó el del chaleco blanco; aun tomándole por nada, sería un buen negocio. No seais necio, y aceptad el chico, que os será muy útil; necesita algún correctivo; pero no os costará mucho alimentarle, pues desde que nació no ha tenido ninguna indigestión. ¡Ja, ja, ja!

Gamfield dirigió una mirada socarrona á los miembros del consejo, y viendo la sonrisa en todos los semblantes, dejóse también llevar de su hilaridad.

El trato quedó cerrado, y Bumble recibió la orden de conducir aquel mismo día á Oliverio Twist ante el magistrado, que debía firmar y aprobar el contrato de aprendizaje.

En consecuencia de esta resolución, el pequeño Oliverio fué sacado del calabozo, con gran sorpresa suya, y se le puso una camisa limpia. Terminada aquella operación tan poco acostumbrada, Bumble le trajo un tazón de puches, y como en los días de fiesta, dos onzas de pan.

A la vista de esto, Oliverio echó á llorar pensando, no sin razón, que al engordarle de aquel modo, el consejo habría proyectado en secreto matarle, con algún objeto humanitario.

— No te pongas así los ojos, Oliverio; come bien y alégrate, dijo Bumble con aire magistral; vas á entrar en aprendizaje, Oliverio.

— ¡En aprendizaje! dijo el niño temblando.

— Sí, Oliverio, repuso Bumble; los hombres caritativos y generosos, que han hecho contigo las veces de padre, puesto que tú no le tienes, van á ponerte en aprendizaje, á lanzarte á la vida, y hacer de tí un hombre, por más que esto cueste á la parroquia tres libras y diez chelines. ¡Tres libras, diez chelines, Oliverio, setenta y dos chelines!... ¡ciento cuarenta y dos piezas de seis peniques! ¡Y todo esto por un miserable huérfano á quien nadie quiere!

El bedel se detuvo para tomar aliento después de haber pronunciado aquel discurso con tono doctoral; las lágrimas inundaban el rostro del pobre niño, que sollozaba amargamente.

— Vamos, continuó Bumble con menos énfasis, pues hallábase halagado su amor propio con la impresión que causara su elocuencia; vamos, Oliverio, límpiate los ojos con la manga de tu blusa, y concluye de comer. No seas tan tonto.

Al dirigirse á casa del magistrado, Bumble manifestó á Oliverio que todo lo que tenía que hacer era parecer muy contento, y que cuando le preguntasen si deseaba aprender un oficio, debería contestar que sí. Oliverio

prometió cumplir con estas dos recomendaciones, tanto mas cuanto que el bedel le indicó, que de lo contrario, ignoraba lo que podría sucederle.

Llegados á casa del magistrado, se le encerró en un gabinetito donde Bumble le hizo esperar algún tiempo.

El niño permaneció allí media hora, temblando de miedo, y al cabo de ella el bedel, entreabriendo la puerta dijo en alta voz:

— Oliverio, amigo mío, venid á ver al magistrado.

Al mismo tiempo, y lanzando al chico una mirada amenazadora, añadió en voz baja:

— Cuidado con lo que te he dicho, tunante.

La habitación adonde fué conducido Oliverio, era una espaciosa sala con una gran ventana: detrás de un elevado bufete, hallábanse dos señores ancianos con el cabello empolvado, uno de los cuales leía un periódico, mientras el otro, con la ayuda de unos anteojos, recorría un pequeño pergaminó que tenía delante. A pocos pasos hallábase Limbkins, al otro lado Gamfield con su rostro ennegrecido, mientras que dos ó tres mocetones se paseaban por el salón.

El señor de las gafas se había ensimismado con su pergaminó, y hubo una corta pausa después que Oliverio fué colocado delante del bufete.

— Hé aquí el niño, dijo Bumble.

El anciano que leía el periódico alzó la cabeza y tiró á su compañero de la manga.

— ¡Ah! ¿es este el niño? preguntó.

— Sí, señor, repuso Bumble. — Saludad al magistrado, amigo mío.

Oliverio, armándose de valor, saludó lo mejor que pudo: con los ojos fijos sobre la empolvada peluca de los magistrados, preguntábase si vendrían todos al mundo con aquella estopa blanca en la cabeza, teniendo por eso el privilegio de ser magistrados.

— Muy bien, dijo el señor de las gafas; ¿supongo que tendrá atención al oficio de deshollinador?

— Delira por él, señor, replicó Bumble, pellizcando á Oliverio para hacerle comprender que no debía contradecirle.

— ¿Es decir, que quiere ser deshollinador? preguntó el magistrado.

— Si se le diese otro oficio mañana, se escaparía inmediatamente, repuso Bumble.

— ¿Y este hombre será su amo? continuó el magistrado. Supongo que le tratareis bien, dándole bastante de comer, ¿no es cierto?

— Cuando digo que sí, es que sí, replicó Gamfield con acento breve.

— Vuestro tono es brusco, amigo mío; pero teneis todo el aire de un hombre honrado, que habla con franqueza, dijo el magistrado, dirigiendo su mirada hacia el candidato de las cinco libras, cuyo exterior hediondo revelaba la crueldad.

Pero el magistrado estaba casi ciego, y así no podía esperarse que viese tan claro como los demás.

— Os doy gracias por vuestras palabras, replicó Gamfield con una espantosa sonrisa.

— Muy bien, amigo, dijo el magistrado colocándose las gafas y buscando con la vista el tintero.

Aquel era el momento crítico en que iba á decidirse la suerte de Oliverio; si el tintero hubiese estado en el sitio donde miraba el anciano, este hubiera mojado su pluma y firmado acto continuo el acta de aprendizaje; pero quiso la casualidad que el tintero se hallase precisamente debajo de sus narices mientras él lo buscaba por todas partes sin verlo. Durante esta pesquisa, miró delante de sí, y sus ojos se fijaron en el pálido y trastornado semblante de Oliverio, que á pesar de las significativas miradas y de los pellizcos de Bumble, contemplaba el exterior espantoso de su futuro amo con una expresión de horror harto visible, para que dejara de notarla aun el mismo magistrado medio ciego.

El anciano se detuvo, y dejando la pluma, miró fijamente á Limbkins, que en aquel momento tomaba un polvo de rapé, afectando la mayor indiferencia.

— Hijo mío, exclamó el magistrado inclinándose sobre el bufete.

Oliverio se estremeció al oír aquellas palabras, y no era de extrañar su turbación, si se atiende á que el anciano las pronunció con acento benévolo; un rumor desconocido asusta siempre, y el niño, temblando de pies á cabeza se deshizo en lágrimas.

— Hijo mío, dijo el magistrado, estais pálido y parece que teneis miedo; ¿por qué es eso?

— Apartaos un poco del chico, señor bedel, dijo el otro magistrado, dejando su periódico é inclinándose hacia Oliverio con aire de interés. Veamos, hijo mío; ¿qué os pasa? No tengais miedo.

Oliverio cayó de rodillas, y juntando las manos suplicó á los magistrados que mandaran se le llevase otra vez al calabozo, pues prefería morir de hambre y que le pegasen ó mataran antes que ser entregado en manos de aquel hombre que le hacia temblar.

— ¡Bien! dijo Bumble, alzando los ojos y las manos con aire majestuoso; bien, Oliverio. De todos los huérfanos astutos y embusteros que en mi vida he visto, tú eres uno de los más descarados.

— ¡Callaos! bedel, exclamó vivamente el segundo magistrado.

— Dispénsame vuestra señoría, repuso Bumble, que no daba crédito á sus oídos; ¿es á mí á quien se dirige vuestra señoría?

— Sí, callaos.

Bumble se quedó estupefacto: imponer silencio á un bedel era en su concepto una cosa inusitada.

El magistrado de las gafas miró á su colega, y después de hacer con la cabeza un movimiento de aproba-

cion, dijo en voz alta arrojando á un lado el pergamino que tenia en la mano:

— Sabed que rehusamos sancionar el acta de aprendizaje.

— Espero, balbuceó Limbkins, que por el testimonio, sin valor, de un niño, los magistrados no sospecharán de la conducta de las autoridades parroquiales.

Los magistrados no tienen que resolver sobre ese punto, dijo el señor de las gafas con acento breve; conducid á ese niño al asilo y tratadle bien, pues me parece que lo necesita. Ya podeis retiraros.

Aquella misma tarde, el señor del chaleco blanco aseguraba de nuevo de la manera mas formal que Oliverio se haria aborcar. Bumble se encogia de hombros con aire sombrío y misterioso, y dijo que deseaba que el chico acabase bien. Gamfield, por su parte, manifestó que se hubiera alegrado de tener el chico.

Al dia siguiente por la mañana se hizo saber al público que Oliverio Twist estaba para alquilar, y que cualquiera que se encargase de él recibiria cinco libras.

IV.

En las grandes familias, cuando un jóven va entrando en años y no se le puede proporcionar una colocacion ventajosa por compra, sucesion ó supervivencia, se acostumbra generalmente enviarle á la marina. El consejo administrativo, deseando seguir un ejemplo tan saludable, deliberó sobre la oportunidad de embarcar á Oliverio á bordo de cualquier buque mercante. Este pareció á los administradores el mejor partido que podian tomar, pues era probable que el patron se entretuviese un dia, despues de comer, en zurrar al chico hasta matarle, ó bien en romperle la cabeza con una barra de hierro. Sabido es que para la gente de mar esta es una distraccion que no carece de atractivo. Cuanto mas consideraba el consejo este asunto bajo tal punto de vista, hallábase mas ventajas, y al fin se convino en que el único medio de asegurar el porvenir de Oliverio, era embarcarlo sin dilacion.

Bumble habia sido enviado para practicar algunas diligencias preliminares con el objeto de encontrar un capitán cualquiera que quisiese encargarse del chico. Al volver al hospicio á dar cuenta del resultado de su mision, encontróse en la puerta al empresario de las pompas fúnebres de la parroquia, el señor Sowerberry en persona.

El señor Sowerberry era un hombre alto y delgado, vestia un traje todo negro y llevaba zapatos de hebilla. La naturaleza no le habia dotado de un semblante risueño, mas á pesar de esto era su expresion afable. Al abordar á Bumble le estrechó cordialmente la mano.

— Vengo de tomar la medida de dos mujeres que han muerto anoche, amigo Bumble, dijo el empresario de las pompas fúnebres.

— Hareis fortuna, mi buen Sowerberry, repuso el bedel, tomando un polvo de rapé, que le ofrecia su interlocutor; os digo que hareis fortuna, repitió el bedel, dándole amistosamente un golpecito en la espalda.

— ¿Lo creéis así? preguntó el empresario, que no queria decir si ni no; advertid no obstante que los precios fijados por la administracion son muy mezquinos, amigo Bumble.

— Y vuestros ataúdes tambien, repuso el bedel con un aire que se acercaba á la broma tanto como convenia á un funcionario importante.

— Es verdad, amigo Bumble, replicó Sowerberry soltando la carcajada; preciso es confesar que desde que está en vigor el nuevo sistema alimenticio, los ataúdes son mas estrechos y menos profundos; pero es preciso ganar alguna cosa, amigo Bumble; la madera seca cuesta muy cara, y las abrazaderas de hierro vienen de Birmingham por el canal.

— ¡Bah! dijo Bumble, todo oficio tiene su beneficio y sus inconvenientes, y siempre se saca una buena utilidad.

— Es claro, replicó Sowerberry, si no gano sobre cada artículo en particular, saco mi ganancia en el todo. ¡Eh, eh, eh!

— Precisamente, dijo Bumble.

— Es menester confesar, sin embargo, continuó Sowerberry, reanudando el hilo de su discurso, interrumpido por el bedel, es menester confesar, amigo Bumble, que tengo en mi contra una gran desventaja, y es que los robustos son los primeros que se mueren. Quiero decir, que todos aquellos que han vivido cómodamente, y pagado sus contribuciones mucho tiempo, son los primeros en sucumbir cuando entran en el establecimiento. Y ved, amigo Bumble, que tres ó cuatro pulgadas mas de lo que se calculó, hacen una gran merma en las ganancias, sobre todo teniendo una familia que sostener.

Como Sowerberry decia esto con el tono indignado de un hombre que tiene motivos para quejarse, y creyese Bumble que podrian surgir de esto algunas reflexiones desfavorables para los intereses de la parroquia, creyó prudente hablar de otra cosa, y Oliverio Twist le ofreció un nuevo motivo de conversacion.

— ¿Conoceis por casualidad alguna persona que necesite un aprendiz? preguntó Bumble; se trata de un muchacho que solo sirve de estorbo á la parroquia, y esta, para deshacerse de él, hace ofertas ventajosas, amigo Sowerberry.

Al hablar así, Bumble dirigia su baston hácia el anuncio que ya sabemos, y daba tres golpes sobre las pala-

bras cinco libras esterlinas, impresas en letras mayúsculas de la mayor dimension.

— A fe mia, contestó Sowerberry, cogiendo á Bumble por la galoneada solapa de su levita, que esto es precisamente de lo que queria hablaros. Sabeis... pero ¡qué bonito boton llevais, querido Bumble! nunca os lo habia visto.

— Sí, no es feo, repuso el bedel, mirando con orgullo los grandes botones de cobre que adornaban su levita; tanto estos, como el sello parroquial, representan á la buena Samaritana curando al viajero herido. El consejo me hizo este regalo el dia de mi santo, y lo estrené para asistir á la vista de una causa relativa á un mercader sin recursos, que murió cierta noche junto á una puerta cochera.

— Ya me acuerdo, dijo Sowerberry; el jurado declaró que habia muerto de hambre y de frio, ¿no es verdad? Bumble hizo una señal afirmativa.

— ¡Disparate! exclamó el bedel con acento enérgico; si el consejo hiciera caso de las necedades de esos ignorantes jurados, ya estábamos frescos.

— Es verdad, replicó Sowerberry.

— Los jurados, dijo Bumble oprimiendo con fuerza su baston, lo que era en él una señal de cólera, los jurados son hombres sin educacion, tan viles como miserables.

— Tambien es cierto, contestó Sowerberry.

— Entre todos ellos, tienen tantas nociones de filosofia y economia como la punta de mis dedos.

— Así lo creo.

— Yo lo desprecio, exclamó el bedel, cuyo semblante se iba coloreando cada vez mas.

— Y yo tambien, dijo Sowerberry.

— Yo quisiera tener á esos jurados durante una semana ó dos en el asilo de mendicidad; el reglamento de la administracion humillaria su orgullo.

— En fin, dejémosles en paz, replicó Sowerberry, sonriendo amablemente para calmar la cólera creciente del amostazado bedel.

Bumble se quitó el tricornio, sacó un pañuelo para limpiarse el sudor que la ira hacia correr por su frente, y volviéndose al empresario, le dijo con mas calma:

— ¡Pues bien! ¿y el niño?

— ¡Oh! ya sabeis, amigo Bumble, contestó el fabricante de ataúdes, que yo pago una fuerte contribucion para los pobres.

— ¡Hem! murmuró Bumble; ¿qué quereis decir?

— Paréceme, repuso Sowerberry, que si pago mucho para los pobres, debo tener el derecho de explotarlos lo mejor posible, amigo Bumble; así... así, yo creo que ese chico me convendria.

Al oír esto, el bedel cogió del brazo á Sowerberry y le hizo entrar en el asilo. El empresario de las pompas fúnebres estuvo en conferencia con los administradores durante cinco minutos, y se convino que Oliverio entraria en su casa aquella misma tarde como por via de ensayo. Púsose por condicion, que si al cabo de algun tiempo veia que el chico le reportaba con su trabajo mas de lo que costase su alimento, le tomaria por un determinado número de años con el derecho de emplearle á su antojo.

El queño Oliverio fué conducido pues aquella tarde ante los administradores, quienes le anunciaron que iba á entrar inmediatamente en calidad de aprendiz en la casa de un fabricante de ataúdes; y que si por quejarse de su posicion volvia á depender de la parroquia, se le embarcaria para que se ahogara ó le matasen á palos.

El niño no manifestó emocion alguna; en su vista, los señores del consejo convinieron en que era un galopin sin corazon, y dijeron á Bumble que se lo llevase inmediatamente.

Los administradores creian que el pobre Oliverio carecia de sensibilidad, y se extrañaban de ello, pues les inspiraba horror semejante sentimiento; pero en aquella ocasion engañábase por completo, pues el pobre huérfano era en extremo sensible. El hecho es que á consecuencia de los malos tratamientos, hallábase en un estado tal de estupidez é idiotismo que causaba lástima.

Escuchó á los señores del consejo sin decir una palabra, cogió despues su pequeño equipo, que se reducía á casi nada, y encasquetándose la gorra dirigióse, cogido siempre de la levita de Bumble, á un nuevo lugar de sufrimientos.

En el momento de llegar á la casa, Bumble juzgó conveniente dirigir una mirada al chico para ver si estaba presentable, y lo hizo con el aire que conviene á un protector benévolo.

— ¡Oliverio! dijo Bumble.

— Señor, replicó el niño con voz débil y temblorosa.

— No os tapeis los ojos con la gorra, y levantad la cabeza.

Oliverio obedeció al momento, y se pasó la mano por los ojos; pero una lágrima rodó por sus mejillas en tanto que el bedel le dirigia una severa mirada. El niño quiso entonces dominarse, mas á pesar de sus esfuerzos, todo fué inútil; soltó la levita el bedel, y tapándose la cara, comenzó á verter un torrente de lágrimas.

— ¡Bien! exclamó Bumble, deteniéndose y lanzando á su protegido una maligna mirada; ¡muy bien! de todos los niños mas viciosos é ingratos que jamás he conocido, eres...

— No, no señor, exclamó Oliverio sollozando y oprimiendo la mano del bedel; no, no señor; yo quiero ser bueno: ¡sí, yo seré juicioso, señor!... soy tan jóven, señor, y soy tan... tan...

— ¿Tan qué? preguntó Bumble admirado.

— Tan desgraciado, señor, exclamó el niño; todo el

mundo me aborrece; ¡oh! señor, yo os lo ruego, no esteis enojado contra mí.

Al decir esto el niño golpeábase el pecho sollozando y miraba al bedel con angustia.

Bumble contempló durante algunos momentos el triste y desolado aspecto de Oliverio; tosió dos ó tres veces como hombre que no sabe cómo salir del paso, y cogiendo al niño de la mano, despues de mandarle que se limpiase los ojos, siguió su camino en silencio.

El fabricante de ataúdes acababa de cerrar las puertas de la tienda, é iba á inscribir algunas entradas en su libro de caja, á la luz de una mala vela, cuando entró Bumble.

— ¡Ah, ah! exclamó levantando los ojos y deteniendo la pluma á la mitad de una palabra; ¡Sois vos, señor Bumble!

— En persona, señor Sowerberry, replicó el bedel; aquí teneis el chico.

Oliverio hizo un saludo.

— ¡Ah! este es el chico en cuestion, dijo el empresario de las pompas fúnebres, acercando la luz al rostro de Oliverio para verle mejor; señora Sowerberry, venid aquí un momento, yo os lo ruego.

La esposa del empresario salió de una pequeña habitacion de la trastienda; era una mujer pequeña y delgada, una verdadera bruja.

— Querida mia, dijo Sowerberry con cierta deferencia, hé aquí el muchacho de que os he hablado.

Oliverio saludó de nuevo.

— ¡Dios mio! dijo la mujer, ¡qué delgado está!

— En efecto, no es muy robusto, dijo el bedel, mirando severamente al chico como si él tuviese la culpa; pero va engordará, señora Sowerberry.

— Sí, replicó la mujer, gracias á nuestra comida; ¿qué ganancia ofrecen estos chicos de la parroquia? Siempre cuestan mas de lo que valen.

Al decir estas palabras, abrió una puerta, y empujando á Oliverio por una escalera, al pié de la cual veíase un pequeño sótano oscuro y húmedo, que recibia el nombre de *cocina*, le dijo:

— Vamos, baja pronto, pequeño esqueleto.

Y dirigiéndose á una muchacha sucia y andrajosa, que era sin duda la criada, añadió:

— Carlota, dale para comer á ese chico algunos de los restos que se apartaron para Trip; no ha vuelto á casa en todo el dia y creo que podrá pasar sin ellos. — ¿Supongo que no les harás ascos, eh, chiquillo?

Oliverio, cuyos ojos se iluminaron á la idea de comer carne, y que anhelaba con ansia devorarla, contestó que no, y entonces pusieronle delante un plato de miserables sobras.

Oliverio Twist se arrojó sobre aquellos restos, que el perro no hubiera querido, y comenzó á devorar con espantosa avidéz lo que contenia el plato.

— ¡Ea! dijo la mujer, cuando Oliverio hubo terminado su cena, á la que habia asistido con silencioso terror, ¿concluyes ya?

Como no quedaba nada que comer, Oliverio contestó que sí.

— Entonces ven conmigo, dijo la señora Sowerberry. Y cogiendo una lámpara sucia y miserable, condujo al chico al último tramo de la escalera y le dijo:

— Tu cama es el mostrador: supongo que no tendrás miedo de dormir entre los ataúdes, y si le tienes, tanto peor para tí, pues no dormirás en otra parte. — Vamos, date prisa y no me tengas aquí toda la noche.

Oliverio, sin replicar, obedeció dócilmente á su nueva ama.

V.

Viéndose solo en la tienda del fabricante de ataúdes, Oliverio puso la lámpara sobre un banco y dirigió una tímida mirada en torno suyo, con un sentimiento de terror, que se comprenderia fácilmente aun en personas de mas edad.

Una caja sin concluir, colocada sobre dos banquillos negros, ocupaba el centro de la habitacion, y era su aspecto tan lúgubre, que el pobre niño temblaba de miedo cada vez que su mirada se dirigia hácia aquel sitio, pues parecía que iba á ver elevarse lentamente la cabeza de algun horrible fantasma, que le haria morir de espanto.

A lo largo de la pared veíase una larga hilera de planchas de pinabete contadas uniformemente, y que parecian otros tantos espectros de grandes espaldas: placas de metal, virutas, clavos de cabeza dorada y pedazos de paño negro, cubrian el suelo en revuelta confusion; detrás del mostrador veíase pintado en la pared un bosquejo que figuraba dos esqueletos á la puerta de una casa, y en segundo término un carro fúnebre arastrado por cuatro caballos negros. La atmósfera parecia hallarse cargada de cierto olor de ataud, y el hoyo que ocupaba Oliverio debajo del mostrador tenia todo el aspecto de una fosa.

Aquel espectáculo lúgubre en lugar tan extraño, impresionaba fuertemente al niño, lo cual nada tiene de particular, pues aun los mas valientes de entre nosotros acaso se afectarian tambien en semejante situacion.

Oliverio no tenia ningun amigo por quien interesarse ni que se interesara por él; no tenia que llorar la muerte de una persona amada, ó la ausencia de un ser querido; y sin embargo su tristeza era profunda. Al revolverse en su dura cama, hubiera deseado hallarse en su ataud y dormir en el cementerio con el eterno sueño de la muerte, arrullado por las auras y el fúnebre repicar de las campanas.

A la mañana siguiente despertó el ruido de una furiosa patada en la puerta de la tienda, que se repitió veinte veces con cólera, mientras se vestía á toda prisa.
(Se continuará.)

Historia de la relojería.

La relojería propiamente dicha nació en la edad media; pero puede decirse que estuvo en la infancia hasta el siglo XV inclusivamente.

En el siglo XVI todas las bellas artes se perfeccionaron; los muebles y los utensilios más comunes vinieron á ser obras maestras en las manos de oscuros obreros, que de repente se trasformaron en grandes artistas, y también en historiadores del orden más elevado, pues con el cincel y el buril escribieron en el mármol y la piedra de diversos monumentos públicos y privados que aun subsisten, magníficas páginas arquitectónicas en las cuales hicieron revivir los hechos más notables de la historia sagrada y de la mitología pagana.

En aquella época de regeneración intelectual, la relojería no podía permanecer estacionaria, y así fué que hizo entonces notables progresos no solo en Francia, sino también en Inglaterra, Alemania, Suiza, etc.

El siglo XVII ocupa un puesto importante en la historia de la relojería, puesto que lo debe en gran parte á los trabajos de Galileo, Huyghens, Hautefeuille y otros varios astrónomos y mecánicos de Francia, Alemania é Inglaterra.

Más llegó el siglo XVIII, que sobrepujó en mucho á los anteriores por el crecido número de buenos relojeros que produjo. Estos, por sus magníficas invenciones, no menos que por la excelente ejecución de sus obras cronométricas, se consideran como los maestros del arte, pues hasta el presente sus émulos del siglo actual no les han sido superiores.

Trazar todas las fases de esta ciencia que Montaigne creía con razón que es una de las más bellas invenciones del entendimiento humano; decir los nombres de los sabios que han contribuido á su grandeza; describir sus obras, y por medio del grabado representar sus principales productos, dando además las reglas mejores y más fáciles para ejecutar todas las piezas mecánicas ó astronómicas descritas antes, tal es la tarea larga y delicada que se propuso un relojero célebre, M. P. Dubois, en un trabajo del que vamos á tomar los datos para componer esta noticia histórica.

La historia de la relojería, que tan á menudo ha sido tratada en todas las lenguas, es sin embargo poco conocida hoy: la mayor parte de las obras relativas á este vasto y curioso asunto, fueron escritas en latín, y por consiguiente no



Reló de hierro ataujado del siglo XV.

Desde luego se comprende la variedad é interés que presentan estos anales de la relojería, cuando se piensa en los nombres ilustres que en ellos figuran, desde Haroun el Raschid hasta Carlos Quinto, desde Gerbert hasta Galileo, desde Pascal y Huyghens hasta Breguet, y otros sabios contemporáneos franceses y extranjeros. Es una honra para esta ciencia el contar á Carlos Quinto entre sus principales adeptos. Citemos sobre este punto un pasaje del libro que nos ocupa:

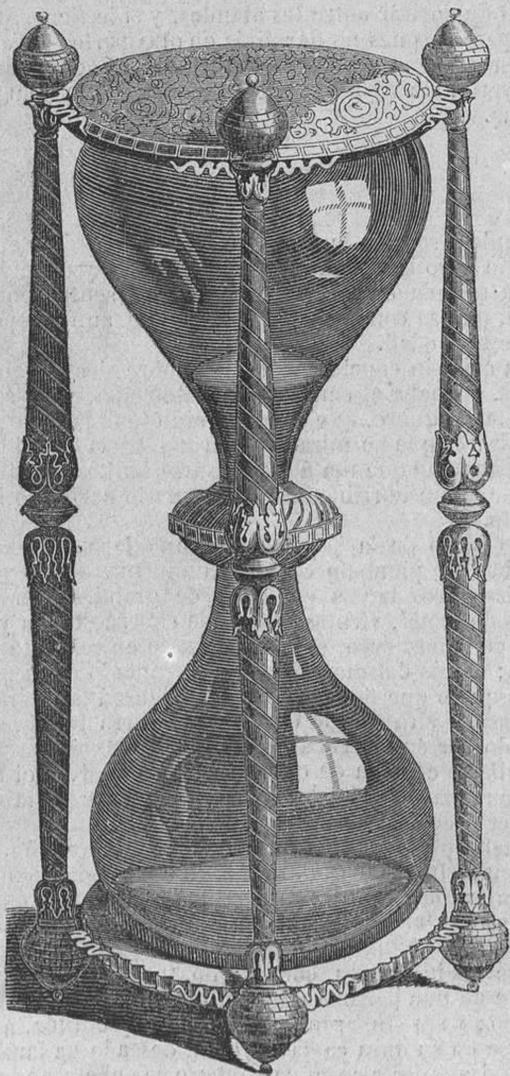
« Carlos Quinto hizo más que interesarse por la relojería; se aficionó con pasión á esta hermosa ciencia. Sabido es que después de haber dejado voluntariamente su corona imperial, queriendo terminar su vida en el retiro, encontró en su amor á las artes mecánicas un gran recurso contra los enojos de la vida solitaria. Llamó á Janello Turiano, uno de los primeros matemáticos de su tiempo, para que habitase con él en el monasterio de Yuste; y allí, estos dos hombres, célebres por distintos conceptos, se ocuparon en componer piezas mecánicas asombrantemente curiosas, y cuyos maravillosos efectos asombraron á los monges. Turiano y su ilustre émulo construyeron sucesivamente gruesos relojes con despertador, y que señalaban el día del mes, y otros automáticos muy complicados. Carlos Quinto se habría considerado un hombre muy feliz, si hubiese logrado arreglarlos simultáneamente; pero por más trabajo que se tomaba, veía con dolor que todos ellos variaban más ó menos, y que daban la hora con algunos minutos de intervalo. Con efecto, el vencedor de Francisco I y el político más profundo del siglo XVI, había emprendido una cosa imposible. En su época se hacían piezas de relojería maravillosamente trabajadas; pero á nadie le estaba dado hacerlas andar sin perturbación. Galileo no vivía aun, y Huyghens no había aplicado la péndola á los relojes.»

Los principales autores que han escrito en Francia durante el siglo XVIII sobre la relojería, son J. Alejandro, Thiout, Lepaute y F. Berthoud. Todas estas obras son preciosas sin duda, pero no pueden ya ser útiles á los relojeros actuales, que habiendo seguido los progresos de la ciencia, han abandonado en gran parte los principios y los procedimientos de sus antecesores. Únicamente los libros de Berthoud conservan algún crédito entre los prácticos, que los consultan aun, cuando tienen que ejecutar piezas complicadas. Berthoud merece el favor de que ha disfrutado: como relojero y como sabio hizo progresar á la ciencia, y sus obras no tienen más defecto que el de haber envejecido un poco, y de no hallarse á la altura de la cronometría moderna. Ahora se necesita otra cosa, y M. P. Dubois satisface completamente las necesidades de la época.

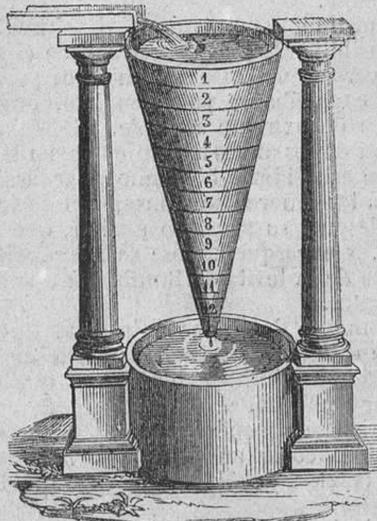
L. E.

se hallan al alcance de todo el mundo, y además, estas obras han venido á ser rarísimas. Es pues hacer un verdadero servicio á las personas que se ocupan de relojería, bajo el punto de vista práctico y teórico, el reunir en un solo cuerpo los materiales de esta historia, esparcidos en una multitud de tomos y de opúsculos.

El autor ha dividido en dos partes su trabajo: la primera, que comienza por la historia de la medición del



Reló de arena del siglo XVI.



Clepsidra antigua.

tiempo en la antigüedad, remonta al origen de la relojería, atraviesa rápidamente la edad media, se desarrolla con el renacimiento de las artes en Europa, y termina en el reinado de Luis XIII inclusivamente.

La segunda parte, que empieza en Luis XIV, traza sucesivamente las sábias y magníficas invenciones que se hicieron en la relojería desde el siglo del gran rey hasta nuestro tiempo, concluyendo el libro con una lista biográfica de los relojeros más célebres.



Clepsidra de mesa del siglo XVII.